

G. CHAVEZ

FLORECITAS
DEL
TEPEYAC



62

DAD
CIÓN

63

BX2 162

.G8

C5

002163

BX2162

.G8



1080016253



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

BX2162

.G8



FLORECIDAS
DEL TEPEYAC



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

. G8

FLORECITAS 



Librito de Oraciones
para los niños

ESCRITO POR

GABINO CHAVEZ, *Pro. Alfonsina*
Biblioteca Universitaria

CON LICENCIA ECLESIASTICA

39600

MEXICO

RAMON DE S. N. ARALUCE, EDITOR

Callejón de Santa Inés, 5

1905

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Estimada Valverde y Tellez

BX 2162

.98

05

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

ADVERTENCIA.—Publicado el Devocionario Guadalupeño «FLORES DEL TEPEYAC», se nos pedía otro análogo, pero breve, para los niños. Hemosle acabado, traduciendo del francés las Oraciones para la Misa, Confesión y Comunión, y escribiendo todo el resto, copiando y compendiando lo mismo nuestro, en orden á la Patrona de México, y otras oraciones adecuadas á los niños. La consagración de ellos al Sagrado Corazón de Jesús es la fórmula mandada de Roma al efecto. Que todo sea para mayor devoción á la Virgen de Guadalupe, para provecho de la juventud mexicana.

G. Ch., Pbro.



Talleres tipográficos de F. Rodríguez.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

BX2162

.G8

Antonio de P. Coria

ACCIÓN DE GRACIAS

POR LA MAÑANA

AL LEVANTARSE

En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén.

Oh Señor y Dios Todopoderoso, en tu nombre me levanto del sueño que me has concedido dormir en esta noche pasada; gracias te sean dadas, Señor y padre mío, porque te has dignado, por medio de tu santo ángel, vigilarme y guardarme, conservando sanos mi alma y mi cuerpo. En este nuevo día me consagro todo á tí, te ofrezco mis pensamientos, palabras

002163

✠(6)✠

y acciones, y con tu Iglesia te digo: Dígnate, Señor, en el día presente, sin pecado alguno custodiarme. Dígnate, Señor, en el día presente, sin pecado alguno custodiarme. Dígnate, Señor, en el día presente, sin pecado alguno custodiarme.

Creo en Dios Padre, etc.

A La Virgen María

Virgen Santísima de Guadalupe, Madre mía muy amada y mi excelsa Patrona, gracias te doy por la protección que siempre me dispensas y no quiero se me pase un solo día sin darte gracias por la visita que nos hiciste y por tu dulce promesa de mostrarte madre tierna con todos los que te invocan. Madre mía, reina mía, yo te invoco en este día, y te pido que en él me favo-

✠(7)✠

rezcas y me libres de todo pecado. Yo seré tu hijo fiel y procuraré guardar con cuidado la virtud de la pureza que tanto te agrada.

Y Virgen de Guadalupe, madre mía.

R) Mi corazón te ofrezco en este día.

Dios te salve, Reina y Madre, etc.

Al Angel Custodio

Yo te saludo, Santo Angel Custodio mío, príncipe nobilísimo de la corte celestial, amigo mío fidelísimo á quien Dios ha nombrado por mi protector y custodio y que de día y de noche de mí no te separas para cumplir gustoso el divino encargo. Yo te agradezco el cuidado que de mí has tenido esta noche y con mi Santa Madre la Iglesia te digo: Angel de Dios que custodio mío

✠ (8) ✠

eres, á tí encomendado por la
piedad divina, en el día de
hoy alúmbrame, dirígeme, cuí-
dame, rígame y gobiérname.
Amén.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Al Santo de nuestro nombre

Glorioso santo cuyo nombre
llevo, que ya gozas de Dios allá
en el cielo, haz que yo implore
tu protección y estudie tu vi-
da é imite tus virtudes para
que, honrando el nombre de mi
bautismo, merezca tener por
amigo y hermano al que lo hi-
zo glorioso aquí en la tierra y
tenga la dicha de ir á conocer-
lo y con él amar á Dios eter-
namente en el cielo. Amén.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

✠ (9) ✠

Al Santo de nuestra devoción

Amado santo, protector mío,
con quien me une una dulce con-
fianza, protégeme desde el cielo
donde glorioso moras, y haz que
el amor y la devoción que por
tí siento, no vayan á ser un
afecto vano y estéril, sino que
amando tus virtudes y siguien-
do tus ejemplos, te haga algún
día en la gloria gustosa com-
pañía. Amén.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

A Señor San José

Castísimo patriarca, feliz Es-
poso de la Madre de Dios, Padre
nutricio de Jesucristo. Tú sabes
Padre mío, cuánto te amo y có-
mo te tengo por mi esclareci-
do patrón, y mi protector y mi
abogado; ahora te pido que me

✠(10)✠

enseñes á conocer y á amar cada día más á Jesús y á María; que me introduzcas al seno de la Sagrada Familia, para que aprenda allí, de Jesús, la admirable obediencia; de María, la angélica pureza; y de tí, la prudencia y el silencio. Haz que sea obediente yo á mis padres, pacífico con mis hermanos, dulce con mis inferiores; haz que mi familia sea piadosa y cristiana, para que algún día nos incorporemos todos á la Sagrada Familia allá en la gloria. Amén.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

- V En mi postrera agonía,
Cuando mi muerte llegare,
R Tu patrocinio me ampare,
Y el de Jesús y María,

✠(11)✠

HIMNO AL LEVANTARSE

¡Oh Padre benignísimo;
Deja que al nuevo día
Te eleve el alma mía
Su fervida oración.
Tú con tu luz, alúmbrame
Como el sol á mis ojos;
Mírame sin enojos
Y tenme compasión.

Infunde, oh Dios, en mi ánimo
Amor á lo que es bueno,
De la culpa al veneno,
Y á todo vicio horror.
Haz que yo no sea víctima
De tentación vehemente.
Que sea humilde, obediente,
Sin ira ni rencor.

A mi vista, refrénala,
Para que no atrevida
Cause á mi alma la herida
De torpe vanidad.
Haz que huya yo solícita
Del ocio y la pereza
Que llenan la cabeza
De loca vaguedad.

✽(12)✽

Que cumpla yo mis prácticas
con santa y fiel constancia
Sin dominarme el ansia
Del goce mundanal.
Y cuando venga, plácido
El sueño á visitarme,
No pueda yo culparme
De pecado mortal.

María, clementísima
Virgen de Guadalupe,
Que el día presente ocupe
Lejos de la maldad.
Que sea yo obedientísimo
Como hijo tuyo digno,
Que no me muestre indigno
Ni falte á la verdad.

Que nunca avergonzándome
Del nombre de cristiano,
Vaya el respeto humano
Mi fe á disimular.
Si tropiezo, levánteme
Tu querubín airoso,
Y un día podré, dichoso,
A los cielos volar.

AMÉN

✽(13)✽

ORACION

**Al castísimo Patriarca Señor
San José**

A tí recurrimos en nuestra
tribulación, ¡oh dichosísimo Jo-
sé! y después de implorar el
socorro de tu santísima Espos-
sa, á tí también te pedimos con
encarecimiento y muy confia-
damente tu patrocinio. Te lo
suplicamos por aquella caridad
que te unió con la Inmaculada
Virgen Madre de Dios; y por
el amor paternal con que abra-
zabas al Niño Jesús, humildes
te rogamos que mires benigno
la herencia de Jesucristo, ad-
quirida con su sangre, y soco-
rras nuestras necesidades con
tu poder y amparo. Protege,
¡oh providentísimo Custodio de
la divina Familia! la estirpe

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

BX 2162

.98

05



ES PROPIEDAD DEL AUTOR

ADVERTENCIA.—Publicado el Devocionario Guadalupeño «FLORES DEL TEPEYAC», se nos pedía otro análogo, pero breve, para los niños. Hemosle acabado, traduciendo del francés las Oraciones para la Misa, Confesión y Comunión, y escribiendo todo el resto, copiando y compendiando lo mismo nuestro, en orden á la Patrona de México, y otras oraciones adecuadas á los niños. La consagración de ellos al Sagrado Corazón de Jesús es la fórmula mandada de Roma al efecto. Que todo sea para mayor devoción á la Virgen de Guadalupe, para provecho de la juventud mexicana.

G. Ch., Pbro.



Talleres tipográficos de F. Rodríguez.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

BX2162

.G8

Antonio de P. Coria

ACCIÓN DE GRACIAS

POR LA MAÑANA

AL LEVANTARSE

En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén.

Oh Señor y Dios Todopoderoso, en tu nombre me levanto del sueño que me has concedido dormir en esta noche pasada; gracias te sean dadas, Señor y padre mío, porque te has dignado, por medio de tu santo ángel, vigilarme y guardarme, conservando sanos mi alma y mi cuerpo. En este nuevo día me consagro todo á tí, te ofrezco mis pensamientos, palabras

002163

✠(6)✠

y acciones, y con tu Iglesia te digo: Dígnate, Señor, en el día presente, sin pecado alguno custodiarme. Dígnate, Señor, en el día presente, sin pecado alguno custodiarme. Dígnate, Señor, en el día presente, sin pecado alguno custodiarme.

Creo en Dios Padre, etc.

A La Virgen María

Virgen Santísima de Guadalupe, Madre mía muy amada y mi excelsa Patrona, gracias te doy por la protección que siempre me dispensas y no quiero se me pase un solo día sin darte gracias por la visita que nos hiciste y por tu dulce promesa de mostrarte madre tierna con todos los que te invocan. Madre mía, reina mía, yo te invoco en este día, y te pido que en él me favo-

✠(7)✠

rezcas y me libres de todo pecado. Yo seré tu hijo fiel y procuraré guardar con cuidado la virtud de la pureza que tanto te agrada.

Y Virgen de Guadalupe, madre mía.

R) Mi corazón te ofrezco en este día.

Dios te salve, Reina y Madre, etc.

Al Angel Custodio

Yo te saludo, Santo Angel Custodio mío, príncipe nobilísimo de la corte celestial, amigo mío fidelísimo á quien Dios ha nombrado por mi protector y custodio y que de día y de noche de mí no te separas para cumplir gustoso el divino encargo. Yo te agradezco el cuidado que de mí has tenido esta noche y con mi Santa Madre la Iglesia te digo: Angel de Dios que custodio mío

✠ (8) ✠

eres, á tí encomendado por la
piedad divina, en el día de
hoy alúmbrame, dirígeme, cuí-
dame, rigeme y gobiérname.
Amén.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Al Santo de nuestro nombre

Glorioso santo cuyo nombre
llevo, que ya gozas de Dios allá
en el cielo, haz que yo implore
tu protección y estudie tu vi-
da é imite tus virtudes para
que, honrando el nombre de mi
bautismo, merezca tener por
amigo y hermano al que lo hi-
zo glorioso aquí en la tierra y
tenga la dicha de ir á conocer-
lo y con él amar á Dios eter-
namente en el cielo. Amén.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

✠ (9) ✠

Al Santo de nuestra devoción

Amado santo, protector mío,
con quien me une una dulce con-
fianza, protégeme desde el cielo
donde glorioso moras, y haz que
el amor y la devoción que por
tí siento, no vayan á ser un
afecto vano y estéril, sino que
amando tus virtudes y siguien-
do tus ejemplos, te haga algún
día en la gloria gustosa com-
pañía. Amén.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

A Señor San José

Castísimo patriarca, feliz Es-
poso de la Madre de Dios, Padre
nutricio de Jesucristo. Tú sabes
Padre mío, cuánto te amo y có-
mo te tengo por mi esclareci-
do patrón, y mi protector y mi
abogado; ahora te pido que me

✻(10)✻

enseñes á conocer y á amar cada día más á Jesús y á María; que me introduzcas al seno de la Sagrada Familia, para que aprenda allí, de Jesús, la admirable obediencia; de María, la angélica pureza; y de tí, la prudencia y el silencio. Haz que sea obediente yo á mis padres, pacífico con mis hermanos, dulce con mis inferiores; haz que mi familia sea piadosa y cristiana, para que algún día nos incorporemos todos á la Sagrada Familia allá en la gloria. Amén.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

- V En mi postrera agonía,
Cuando mi muerte llegare,
R Tu patrocinio me ampare,
Y el de Jesús y María,

✻(11)✻

HIMNO AL LEVANTARSE

¡Oh Padre benignísimo;
Deja que al nuevo día
Te eleve el alma mía
Su fervida oración.
Tú con tu luz, alúmbrame
Como el sol á mis ojos;
Mírame sin enojos
Y tenme compasión.

Infunde, oh Dios, en mi ánimo
Amor á lo que es bueno,
De la culpa al veneno,
Y á todo vicio horror.
Haz que yo no sea víctima
De tentación vehemente.
Que sea humilde, obediente,
Sin ira ni rencor.

A mi vista, refrénala,
Para que no atrevida
Cause á mi alma la herida
De torpe vanidad.
Haz que huya yo solcita
Del ocio y la pereza
Que llenan la cabeza
De loca vaguedad.

✻(12)✻

Que cumpla yo mis prácticas
con santa y fiel constancia
Sin dominarme el ansia
Del goce mundanal.
Y cuando venga, plácido
El sueño á visitarme,
No pueda yo culparme
De pecado mortal.

María, clementísima
Virgen de Guadalupe,
Que el día presente ocupe
Lejos de la maldad.
Que sea yo obedientísimo
Como hijo tuyo digno,
Que no me muestre indigno
Ni falte á la verdad.

Que nunca avergonzándome
Del nombre de cristiano,
Vaya el respeto humano
Mi fe á disimular.
Si tropiezo, levánteme
Tu querubín airoso,
Y un día podré, dichoso,
A los cielos volar.

AMÉN

✻(13)✻

ORACION

**Al castísimo Patriarca Señor
San José**

A tí recurrimos en nuestra
tribulación, ¡oh dichosísimo Jo-
sé! y después de implorar el
socorro de tu santísima Espos-
a, á tí también te pedimos con
encarecimiento y muy confia-
damente tu patrocinio. Te lo
suplicamos por aquella caridad
que te unió con la Inmaculada
Virgen Madre de Dios; y por
el amor paternal con que abra-
zabas al Niño Jesús, humildes
te rogamos que mires benigno
la herencia de Jesucristo, ad-
quirida con su sangre, y soco-
rras nuestras necesidades con
tu poder y amparo. Protege,
¡oh providentísimo Custodio de
la divina Familia! la estirpe

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

✻(14)✻

escogida de Jesucristo; aparta de nosotros, amantísimo Padre, toda mancha de errores y de corrupción: asístenos propicio desde el cielo, salvador fortísimo, en la lucha que sostenemos con el poder de las tinieblas; y así como libraste en otro tiempo al Niño Jesús del inminente peligro de la vida, así ahora defiende á su santa Iglesia de toda adversidad; cúbrenos perpetuamente con tu patrocinio, para que animados con tu ejemplo y auxilio, podamos vivir en santidad, morir piadosamente y alcanzar en el cielo la eterna bienaventuranza. Así sea.

Su Santidad el Papa León XIII mandó rezar esta oración después del Rosario, y le concedió 300 días de indulgencia, como consta por su Encíclica de 15 de Agosto de 1889.

✻(15)✻

ORACION

Para pedir á Dios por la buena educación de la juventud

¡Oh divino Jesús, que viniste al mundo á salvar á todos los hombres! acuérdate que derramaste tu sangre preciosa por las almas de los niños, muchos de los cuales se separan de tí por la mala educación. Mira, Señor, cómo gran parte de los niños se pervierten en sus costumbres y se apartan de la santa fe católica, poniéndose en camino de una eterna perdición, por el descuido de sus padres y la malicia de sus maestros. Ten compasión de la inocencia de los niños y desbarata los planes que contra su fe y sus costumbres forma la impiedad; abre los ojos de

✻(16)✻

los incautos padres de familia para que conozcan los lazos que se arman contra las almas de sus hijos; ayuda á los padres cristianos y á los buenos maestros en la obra importantísima de la educación, para que conservando los niños pura y sin mancha la estola de la gracia bautismal, y viviendo después santamente, vayan todos á acompañarte en el cielo, donde vives y reinas por todos los siglos. Amén.

Santísima Virgen María, acuérdate que eres madre de los niños, y ruega por ellos. San Miguel Arcángel, santos Angeles de la Guarda, destruid las asechanzas del demonio y rogad por las almas de los niños. Amén.

✻(17)✻

ORACION

A San Luis Gonzaga

Angelical Joven y purísimo Abogado mío San Luis; gózome de ver en vos un candor de pureza tan sobrehumana y celestial, que no admitió en sí la menor mancha de culpa, ni se expuso al pestífero aliento de la sugestión del enemigo. ¡Oh cuánto me confundo al verme delante de una azucena tan hermosa, temiendo que por mis culpas pereceré en vuestra presencia, abominable y asqueroso! Vos, Santo admirable, podeis alcanzarme el perdón de todas ellas, como también una singular pureza de cuerpo y alma. Conseguidmelo, pues, y haced que conciba

❖ (18) ❖

yo tal odio contra la impureza, que no sólo la abomine, sino que tenga cerrados los caminos por donde pudiera hallar entrada en mi alma; pues de mi parte estoy resuelto á practicarle con la gracia de Dios mediante vuestra protección. Amén.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

ORACION

A San Estanislao de Kostka

Omnipotente Dios y Señor, que intimásteis tantas veces á los hebreos la penitencia, por los méritos de vuestro siervo San Estanislao, concedednos el don de la penitencia, para que satisfaga por mis gravísimas culpas, y refrene mis re-

❖ (19) ❖

beldes inclinaciones, sujetándolas todas á la razón y á la ley. No permitais, Señor, que prevalezcan contra mí mis apetitos, con los cuales me combaten mis enemigos: mundo, demonio y carne. Esforzad, Señor, mi espíritu para que los venza con la penitencia, asistido de vuestra gracia, y detenga con ella el rigor de vuestra justicia. Amén.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

ORACION

A San Juan Berchmans

Dulcísimo Jesús mío, Maestro nuestro en el ejercicio santo de la oración y meditación; gracias os doy por haber enseñado al devotísimo y fervorósimo

✻ (20) ✻

Berchmans, ya desde sus más tiernos años, á pasar largas horas en esta suavísima ocupación, donde penetrándose de las verdades y misterios de nuestra fe, se inflamaba en vivos deseos de amaros y de practicar la virtud, llenándose de santo odio y aborrecimiento de sí mismo y de todo lo que es mundo. Soberano Maestro, por la intercesión de mi amable protector, sedlo también mío en negocio que tanto me importa, para ordenar todas mis acciones y perseverar en el bien. Y si es cierto que está el mundo perdido por falta de reflexión, y por no valerse de la oración, llave de oro con que se franquean las puertas de las divinas misericordias, orando yo y meditando con asiduidad, diligencia y cons-

✻ (21) ✻

tancia, á ejemplo de mi glorioso protector, conseguiré las luces y auxilios para huir de los lazos del demonio y llegar á la posesión de la gloria. Amén.

Padre nuestro, Ave Maria y Gloria.

ORACIONES PARA ASISTIR

AL SANTO SACRIFICIO

DE LA MISA

Mientras el Sacerdote reviste los Ornamentos Sagrados

Oh Dios lleno de clemencia y bondad, mira á este tu hijo que humildemente postrado á tus pies, viene á suplicarte le permitas asistir hoy á la santa misa. Por mí mismo soy incapaz de aprovecharme de las gracias que me ofreces en ella, pero me uno al sacerdote, á fin de poder participar con él de los méritos de tu inmolación y recoger los dones que aquí nos concedes.

✠ (23) ✠

Aumenta Señor mi fe, á vista de las santas ceremonias y con la consideración de los misterios sublimes que van á cumplirse delante de mí. Si yo te hubiese visto, Redentor mío, extendido en la cruz; si hubiera oído los golpes del martillo que introducía los clavos en tus sagradas manos y pies, si yo hubiera podido besar tu cruz ensangrentada, mi corazón se habría oprimido de dolor, mis ojos habrían derramado amargas lágrimas. ¿Por qué, pues, oh Jesús mío, habré de permanecer ahora frío é insensible durante la Misa, que me recuerda tus sufrimientos y tu amor, y renueva la memoria de tu muerte?

Dígnate suplir las disposiciones que me faltan, ilustra mi inteligencia, dispón mi corazón

✠ (24) ✠

para los dulces efectos de tu gracia, ordena mi imaginación á fin de pasar el tiempo de la Misa, ocupado de mi gran miseria y de la Víctima santa que va á inmolarse por mí.

AL PRINCIPIO DE LA MISA

Dios mío, con vivo sentimiento del desgraciado estado á que me han reducido los pecados de mi infancia, conozco que soy indigno de presentarme delante de tí y de estar tan cerca del altar al que desciende cada día la víctima inmolada á tu gloria.

Mas en el nombre de Jesús mi Salvador y mi Dios, te suplico me concedas una fe viva, una tierna piedad y un grande amor á tí durante la celebración de estos grandes misterios.

Tú eres, Señor, la alegría de mi infancia y el protector de

✠ (25) ✠

mi debilidad; presérvame en este santo lugar, de los ataques del espíritu malo y engañador que querría separarme de tí. Envíame tu luz y tu verdad para que me dirijan y acompañen en todas mis acciones. Amén.

CUANDO EL SACERDOTE SUBE AL ALTAR

Señor, dignate atraer á tí todos mis pensamientos; aparta mi corazón de todos los objetos creados, pues estoy pronto, si así lo quieres, á dar por tí mi vida, como lo han hecho los santos cuyas reliquias besa el sacerdote en el altar. Concédeme á lo menos la gracia de resistir á todas las distracciones que me impidan seguir al sacerdote en sus divinas funciones.

❖(26)❖

AL INTROITO

En tí, Dios mío, he puesto mi confianza, para reconciliarme contigo y prepararme á pasar estos instantes cerca de tu altar. Padre Santo, lleno de ternura para con tus hijos, escucha mis oraciones, y que mis súplicas se eleven hasta tu trono.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo, gloria á las tres divinas personas por toda la eternidad.

AL KYRIE, ELEISON

Oh Dios Padre infinitamente Santo, que me has adoptado por hijo, yo he contristado tu divino Corazón con mis pecados: tén Señor piedad de mí.

Oh Dios, Hijo adorable, que has venido al mundo para sal-

❖(27)❖

varme: yo te he ultrajado y desconocido; tén piedad.

Oh Dios Espíritu Santo, luz de nuestras almas, yo he resistido á tus inspiraciones, he abusado de tus gracias, tén piedad de mí.

AL GLORIA

Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. Te alabamos, te bendecimos, te adoramos y te damos gracias por tu grande gloria. ¡Oh Señor Dios! Oh rey del cielo, Dios Padre Todopoderoso, oh Señor, Hijo unigénito, Jesucristo! ¡Oh Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre! que borras los pecados del mundo, tén piedad de nosotros y recibe nuestras súplicas. Tú que estás sentado á la diestra del

✻(28)✻

Padre, tén piedad de nosotros. Porque tú solo santo, tú solo Señor, tú solo Altísimo Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Así sea.

DURANTE LAS ORACIONES

Concédeme, oh Dios mío, las gracias que el sacerdote pide por intercesión del Santo cuya fiesta celebra hoy la Iglesia. Bien conoces mi pobreza espiritual, y sabes lo que me falta; no me dejes implorar en vano tu grande misericordia.

Inspira al predicador que hable de lo que fuere más á propósito para hacerme aborrecer el pecado y fijarme en el bien, y á mi confesor que me trate con sabia severidad, que me haga conocer bien el estado de mi conciencia y que

✻(29)✻

me dé avisos prudentes que me dirijan en el camino de la virtud. Oh Dios de caridad, inspira á las almas piadosas el pensamiento de orar por mí, y sé propicio á las oraciones que te serán dirigidas á mi favor y no desprecies, te ruego, las que yo te dirija.

A LA EPISTOLA

Lección de la segunda Epístola de San Pablo á los Corintios, VI, 2.

Nosotros queremos con nuestras exhortaciones impedirlos que recibais en vano la gracia de Dios, porque está escrito: «He escuchado las oraciones que me has dirigido en el tiempo favorable, y he venido á tu socorro en día marcado para tu salud.» He aquí el tiempo favorable, he aquí los días de salud. Vamos á hacer

✻(30)✻

oir la palabra de Dios con tierno afecto; no lleveis pues, más, el yugo del demonio, como los niños mundanos; que no haya nada de común entre las tinieblas del pecado en las que vivíais, y la viva luz de la gracia que resplandece ahora para vosotros. El demonio, que reinaba en vuestros corazones, no puede encontrarse en comunicación con Jesucristo que quiere de nuevo tomar posesión de ellos. No; vosotros no debéis ya participar de la perversidad del mundo, pues sois templos del Dios vivo y habeis llegado á los días del cumplimiento de esta profecía: «Yo permaneceré en medio de ellos, y caminaré á su lado, yo seré su Dios y ellos serán mis hijos. Salid, pues, de entre los demás hombres, sepa-

✻(31)✻

raos del resto de la tierra, no permanezcais en contacto con los malvados. Yo os reuniré en mi casa; y os trataré como un padre trata á sus hijos muy amados; vosotros seréis mis hijos y mis hijas, dice el Señor Todopoderoso.»

DESPUES DE LA EPISTOLA

Oh Dios mío, os alabamos por las palabras de salud y de vida que hemos escuchado, alabamos vuestra sabiduría y bondad, por las explicaciones que nos han dado de estas palabras por los Apóstoles y la Iglesia. Concédenos la gracia de ser tan fieles á ellas que podamos cantar para siempre en los cielos tus alabanzas. Aleluya.

✻(32)✻

AL EVANGELIO

Lección del Santo Evangelio según San Mateo, XVIII, 3-5 y XIX, 13-15.

En aquel tiempo, los discípulos de Jesús le dijeron: «Señor, ¿quién es el más grande en el reino de los cielos?» Jesús, llamando un niño pequeño, le colocó en medio de ellos y les dijo: «En verdad os digo, que si no os convertís y os hacéis como niños, no entrareis en el reino de los cielos. Cualquiera que se hiciere pequeño como este niño, este es el más grande en el reino de los cielos, y hacer algún servicio á un niño es hacérmelo á mí. Desgraciado de aquel que fuere motivo de escándalo para alguno de estos pequeños.»

Entonces presentaron á Jesús muchos niños para que les

✻(33)✻

impusiese las manos y orase por ellos. Mas los discípulos querían retirarlos, y conociéndolo Jesús, les dijo: «Dejad á los niños que lleguen á mí. No les impidais que se me acerquen, porque el reino de los cielos pertenece á los que les son semejantes.» Después extendió sobre ellos sus adorables manos y los envió dichosos y llenos de gozo.

AL FIN DEL EVANGELIO

Gloria á tí, Señor Jesús, que tanto has amado y bendecido á los niños durante tu vida mortal; ama y bendice á los que aquí están reunidos en tu nombre.

DURANTE EL CREDO

Creo en un solo Dios Todo-poderoso, Criador del cielo y

✠(34)✠

de la tierra, de todas las cosas visibles é invisibles, y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, que nació del Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de Dios verdadero; engendrado, no hecho, consustancial al Padre, por quien han sido hechas todas las cosas. Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó de los cielos y tomó carne de la Virgen María por el Espíritu Santo, y se hizo hombre. Que fué crucificado por nosotros bajo el poder de Poncio Pilato, padeció y fué sepultado. Y resucitó al tercero día, según las Escrituras. Y subió al cielo; está sentado á la diestra del Padre. Y vendrá segunda vez lleno de gloria, á juzgar á los vivos y á

✠(35)✠

los muertos, cuyo reino no tendrá fin. Creo en el Espíritu Santo, Señor vivificante, que procede del Padre y del Hijo; que con el Padre y el Hijo es conjuntamente adorado y glorificado; que habló á los Profetas. Creo en la Iglesia que es Una, Santa, Católica y Apostólica. Confieso un solo bautismo para el perdón de los pecados; y espero la resurrección de los muertos, y la vida del siglo futuro. Así sea.

AL OFERTORIO

Padre Santo, Dios Todopoderoso y eterno, permite que te ofrezca con el sacerdote un sacrificio digno de tu soberana Majestad en el pan y el vino que en este instante están en el altar, y que por la consagración van á transformarse en el

✽(36)✽

Cuerpo y en la Sangre de tu divino Hijo.

Que esta oblación sea á tus ojos pura, santa y agradable, porque este es el sacrificio que has querido y que nosotros te ofrecemos en memoria de las humillaciones de la vida de Jesucristo, tu Hijo y Señor nuestro, en memoria de sus dolores, de su pasión, de su resurrección y de su ascensión gloriosa á los cielos.

Inclina, oh Dios de misericordia, inclina hacia este altar las miradas de tu clemencia, oye las oraciones, mira las augustas ceremonias que has inspirado á tu Iglesia, con los sentimientos de fe y de piedad que tu bondad nos concediese y al mismo tiempo los profundos abatimientos de tu Verbo, en los cuales encontrarás con

✽(37)✽

qué satisfacer á tu justicia ofendida por innumerables pecados.

AL ORATE FRATRES

Oh Dios mío, mis oraciones no podían haber llegado hasta tí porque no te amo como es debido; mas las uno con las del sacerdote, con las de la Iglesia y con las de mi Salvador, para que así santificadas puedan llegar al trono de tu misericordia.

A LAS ORACIONES SECRETAS

Oh Dios, que te complaces en escuchar nuestras oraciones, dignate recibir este sacrificio de propiciación y de alabanzas, á fin de que por sus méritos infinitos, seamos dignos de las gracias que tu bondad nos ha preparado.

Que él borre nuestros pe-

✠ (38) ✠

cados; que nos fortalezca contra las tentaciones, y sostenga nuestra fragilidad, que renueve nuestra infancia y dirija nuestras inclinaciones hacia tí, que proteja nuestros piadosos designios y someta nuestra voluntad á la tuya.

AL PREFACIO

¡Oh si yo pudiese en este momento olvidar la tierra, desprenderme de los lazos del cuerpo y transportarme en medio de la brillante reunión de los ángeles en el cielo, allí cantaré yo tu gloria, oh Dios mío, y te daría gracias por los beneficios que derramas con profusión sobre toda criatura! Haz, Señor, que á lo menos una mis débiles homenajes con aquellos con que te honran las angélicas inteligencias.

✠ (39) ✠

Espíritus bienaventurados, el Dios á quien adorais en el cielo, va á descender entre nosotros: he aquí su trono... prestadme vuestros sentimientos de respeto y de adoración, enseñadme algunos de esos cánticos con los que haceis resonar la celestial Jerusalén. Porque ¿qué voy á decir á mi Dios? Oh buen Angel, tú que al mismo tiempo, ves la gloria de los cielos y estás á mi lado, aleja de mí toda distracción é inspírame los sentimientos de fe y amor con que conviene estar en la presencia del Señor.

AL SANCTUS

Santo, Santo, Santo es el Dios del cielo y de la tierra. Sí, la tierra y los cielos están llenos de su gloria. ¡Gloria al Altísimo! Honor al Hijo de Dios,

✻(40)✻

que á nombre de su Padre celestial descende en medio de sus hijos!

AL CANON

Oh rey del cielo y de la tierra, yo te suplico humildísimamente que te dignes escuchar las oraciones que te dirijo en unión de la gloriosa Virgen María, con los santos Apóstoles y mártires y con todos los bienaventurados. Yo pongo mis súplicas sobre el altar y las uno á los inefables gemidos de la víctima divina en él inmolada.

No soy más que un niño ignorante y débil, y necesito de tus gracias más preciosas; manifiesta en mí tu poder y tu bondad. Ayúdame, pues; Padre santo, acuérdate que soy hijo tuyo; escucha mi voz, y

✻(41)✻

atiende á mis humildes súplicas.

Mas el momento ha llegado... Jesús descende de los cielos. El sacerdote pronuncia temblando las solemnes palabras de la consagración. Opéranse las maravillas, el amor inmola al Hijo de Dios; el cielo se inclina hasta la tierra, los ángeles se postran en silencio al derredor del altar! Dios mío, aumenta mi fe y mi amor. Yo te adoro....

A LA ELEVACION DEL CUERPO ADORABLE DE JESUCRISTO

Oh cuerpo sagrado de mi Salvador, que descansaste en las pajas del pesebre y fuiste cruelmente clavado en la cruz, yo te adoro en las manos del sacerdote. Cordero divino que te inmolas por mis pecados,

✻(42)✻

¡que no pueda yo morir por tí como tú moriste por mí! al menos hoy te consagro toda mi vida y me entrego todo á tí.

A LA ELEVACION DE LA SANGRE DE JESUCRISTO

Yo te adoro, sangre divina de mi Redentor, que fuiste derramada en las calles de Jerusalén, que ensangrentaste la cruz, que teñiste las rocas del calvario, purifícame, santifícame y no corras inútilmente en este altar, sino aprovéchanos á todos para la remisión de los pecados.

DESPUES DE LA CONSAGRACION

Oh Jesús, en el calvario yo no habría visto más que lo que la fe me muestra en este altar: aquí puedo contemplar los prodigios

✻(43)✻

de tu muerte y del divino Sacrificio. Angeles y Santos que veis en la gloria al Dios que se oculta aquí á nuestras miradas, bendecid por nosotros la divina misericordia y bondad que ha movido al Señor á anonadarse de esa manera para ponerse al alcance de nuestra debilidad.

Sí, este sacrificio es más grande que todos los de la ley antigua: yo reconozco y adoro en este altar la única víctima digna de ser ofrecida á Dios y capaz de satisfacer por todos los pecados del mundo. Oh Hijo eterno del Padre, tú eres la víctima preciosa que por nosotros sufriste en el Calvario una muerte cruel é ignominiosa, y á cada instante quieres someterte á los abatimientos del sacrificio del altar. Tanta bondad y dulzura

(44)

y amor me inspiran la confianza de que no has descendido á este altar sin estar dispuesto á socorrerme en todas mis necesidades.

Dígnate, pues, aplicarnos á mí y á todos aquellos á quienes la misma intención reúne á tus pies, los méritos del augusto Sacrificio; que tus humillaciones expíen y destruyan nuestro orgullo, y tus dolores calmen nuestra ligereza; que tu santidad anonade nuestra malicia y tu misericordia cierre las llagas que el pecado ha hecho á nuestra alma; en fin, que tu amor venga á reinar en nuestros corazones y á encenderlos en el fuego que viniste á traer á la tierra, y que tanto deseas ver encendido.

(45)

AL PATER NOSTER

Padre nuestro, etc.

DESPUES DEL PATER NOSTER

Líbrame, Señor, de todos los males que podrían dañar mi alma ó mi cuerpo, y particularmente de todo obstáculo á mi salvación. Perdóname, Señor, las infidelidades y faltas de mi infancia: presérvame de la ignorancia que me impida conocer bien y de la indiferencia que no me deja amar como debo á mi Criador, mi bienhechor y mi Padre. Líbrame de la dissipación que me quitaría las ventajas espirituales que te has dignado prepararme; te lo pido á nombre de la víctima adorable que se sacrifica sobre el altar.

✠(46)✠

AL AGNUS DEI

Cordero de Dios inmolado por los pecados del mundo, ten piedad de mí.

Cordero de Dios inmolado por los pecados del mundo, ten piedad de mí.

Cordero de Dios inmolado por los pecados del mundo, danos la paz.

AL DOMINE NON SUM DIGNUS

No, Señor, yo no soy digno de recibirte por mi ignorancia y mis pecados. Mas tú puedes ayudarme á prepararte en mi alma una morada que te sea agradable. Dí una sola palabra á mi espíritu y será ilustrado con las vivas luces de la fe. Dila á mi corazón y quedará encendido con las llamas de tu amor.

✠(47)✠

ULTIMAS ORACIONES

Dios mío, haz que fructifiquen en mí las gracias del sacrificio al que acabo de asistir. Virgen Santa, ven también á ayudarme á dar gracias al Dios que acaba de sacrificarse por mí. Poderosos protectores de la Iglesia, San Pedro y San Pablo; dulces patronos de la infancia, San José y San Luis Gonzaga, San N. y L. cuyo nombre tengo el honor de llevar, interceded por mí, proteggedme y conducidme á fin de que pueda regocijarme en el cielo cuando Jesús, el Rey de la gloria, venga á tomar posesión de mi corazón.

A LA BENDICION

Señor mío Jesucristo, que bendecías á los niños de la Ju-

✠(48)✠

dea, bendíceme hoy á mí, confirma las gracias del santo Sacrificio. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

EL ULTIMO EVANGELIO

Oh Verbo de Dios, que existes eternamente en el seno del Padre y en el amor del Espíritu Santo, por tí fueron creadas todas las cosas; tú eres la inextinguible fuente de la vida. Tú comunicas la luz á nuestro espíritu y la verdad á nuestro corazón. Desde los días de nuestra infancia, tú nos instruyes y nos guías por los rectos senderos.

Haz, Señor, te lo ruego, que yo me deje conducir por tu sabiduría; que tenga siempre bastante fe para no degenerar de mi cualidad de hijo de Dios,

✠(49)✠

que no escuche nunca la voz de la carne y de la sangre, sino únicamente tu santa voluntad, y pues te has dignado revestirte de nuestra naturaleza y santificar la tierra con tu presencia, permanece con nosotros todos los días, y concédenos la gracia de ver la gloria de ese hermoso día en el cual vendrás á tomar posesión de nuestros corazones después de haberlos hecho brillantes de gracia, de verdad y santidad. Amén.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONSEJOS Á LOS NIÑOS

1º Respetad y amad á vuestros padres: no respondais mal á vuestra madre cuando os reprenda. Los hijos desobedientes, iracundos y malos, son siempre desgraciados, aun desde esta vida.

2º Al levantaros y acostaros dad gracias á Dios, á la Virgen Santísima, al Ángel de la guarda y al santo de nuestro nombre. No seais como el gato ó el perro, que despierta y corre á buscar la comida, sin acordarse de más.

3º ¡Cuidado! mucho cuidado con los malos amigos. Son buenos enemigos que os em-

pujan al abismo. Cuando deis con uno de éstos, huidle como á una culebra, y avisad á vuestra madre ó maestro para que os libre de él.

4º Tratad bien á los criados; pero no hay que allanarse con ellos, porque enseñan mil malas cosas, dañan vuestra inocencia y vician vuestra educación.

5º El orgullo pierde á muchos niños; piensan que es honor y dignidad el repeler la fuerza con la fuerza y contestar injurias con injurias; pero no es esto más que un loco orgullo que Dios siempre castiga, y lo castiga con lo que más duele al orgullo: con la humillación. No olvidar esta máxima evangélica: «el que se humilla será ensalzado; mas el que se exalta será humillado.»

6º Andando en la calle, no hay que saltar; no hay que ir metiendo los ojos en los zaguanes, ventanas y tiendas, pues además de ser falta de educación esa costumbre, da lugar á muchos peligros que pueden traer funestas consecuencias.

7º En las iglesias, mucha modestia, mucho silencio, mucho respeto; nada de saludos y de risas. Es el lugar más santo y respetable de la tierra el santo templo.

8º En las escuelas, estudiar, aplicarse y no jugar. De lo contrario perdeis tres cosas: el dinero que pagan vuestros padres, el tiempo y la vergüenza.

9º Tened mucha devoción á la Santísima Virgen; traed siempre su escapulario y su rosario, y no dejéis de rezarlo todos los días de vuestra vida.

Un niño que no ama á la Virgen María, no hay esperanza de que se salve.

10º Veneno son las malas lecturas. Nunca leais libros que no revisen primero vuestros padres y maestros. Los que se llaman novelas, corrompen el corazón, vician las costumbres y hacen á veces perder la fe. Lo que se debe leer son las vidas de los santos, que siendo provechosísimas, son también divertidas. Las vidas de San Luis Gonzaga, de San Estanislao de Kostka, ¡qué hermosas son!

11º Hay que frecuentar los Sacramentos y escoger un confesor fijo que se encargue de enseñar y dirigir las almas.

Nunca, jamás mentir en la confesión, ni mucho menos callar ningún pecado. Sería ha-

cer un gran sacrilegio; y comulgar así, sería otro peor.

12º Un niño cristiano debe oír misa todos los días, rezar diariamente el santo Rosario, confesarse por lo menos cada mes, y comulgar las veces que el confesor le ordene. Si llega á entrar en alguna Asociación de la Santísima Virgen, como la de San Luis Gonzaga, ¡qué contenta será su vida, qué dulce y qué envidiable su fin! Seguid, niños, seguid estos consejos, y asegurareis vuestra salvación.

ACTO DE CONSAGRACIÓN

DE LOS NIÑOS

Al Sagrado Corazón de Jesús

Benignísimo Jesús, que con tanto amor y ternura os dignásteis abrazar y bendecir á los niños que os presentaban, y reprendisteis á los que pretendían alejarlos de Vos: aquí nos teneis á nosotros, niños también deseosos de acercarnos á Vos, de perteneceros enteramente y de que os digneis bendecirnos.

En este momento solemne nos consagramos á Vos, ¡oh amantísimo Corazón de Jesús! ofreciéndos nuestra memoria,

cer un gran sacrilegio; y comulgar así, sería otro peor.

12º Un niño cristiano debe oír misa todos los días, rezar diariamente el santo Rosario, confesarse por lo menos cada mes, y comulgar las veces que el confesor le ordene. Si llega á entrar en alguna Asociación de la Santísima Virgen, como la de San Luis Gonzaga, ¡qué contenta será su vida, qué dulce y qué envidiable su fin! Seguid, niños, seguid estos consejos, y asegurareis vuestra salvación.

ACTO DE CONSAGRACIÓN

DE LOS NIÑOS

Al Sagrado Corazón de Jesús

Benignísimo Jesús, que con tanto amor y ternura os dignásteis abrazar y bendecir á los niños que os presentaban, y reprendisteis á los que pretendían alejarlos de Vos: aquí nos teneis á nosotros, niños también deseosos de acercarnos á Vos, de perteneceros enteramente y de que os digneis bendecirnos.

En este momento solemne nos consagramos á Vos, ¡oh amantísimo Corazón de Jesús! ofreciéndos nuestra memoria,

nuestro entendimiento, nuestra voluntad, nuestros sentidos y todo cuanto somos y tenemos, porque queremos desde hoy ser enteramente vuestros.

No permitais, oh buen Jesús, que os ofendamos, empleando nuestra alma y nuestro cuerpo, que de Vos hemos recibido, en ultrajaros; antes bien, dadnos gracia abundante para conoceros, amaros y servirnos mientras nos dure la vida.

No permitais que triunfe en nosotros el espíritu de error y de impiedad que trata de alejarnos de Vos para siempre.

Mil veces morir antes que tal desgracia nos acontezca. mil veces morir antes que ofender á un Dios tan bueno que nos quiere más que nuestras mismas madres.

Y ya que os complacéis en oír vuestras alabanzas de boca de los niños, y que por vuestra infinita bondad os dignais acoger nuestras oraciones, bendecid, ¡oh Sagrado Corazón de Jesús! á nuestro Prelado, á nuestro Párroco y demás superiores eclesiásticos; bendecid á nuestros padres, parientes, amigos y enemigos; bendecidnos á todos, para que algún día tengamos la dicha de hallarnos juntos en el cielo.

En este acto solemne queremos desagraviaros, ¡oh Corazón Sacratísimo de Jesús! de las muchas ofensas que en el mundo se os hacen. Por tanto:

Perdón, Señor, por las blasfemias que en todas partes se cometen, y en particular por las que se oyen en esta población.—*Perdón.*

Perdón, Señor, por la profanación de los días de fiesta, en que muchos trabajan y no oyen misa.—*Perdón.*

Perdón, Señor, por todos los pecados que cometen contra Vos vuestras criaturas, en vuestra presencia, abusando de vuestros mismos dones.—*Perdón.*

Haced, Señor, que vivamos todos obedientes á vuestra santa ley, para que reineis en nuestros entendimientos y en nuestros corazones, y siendo vuestros en el tiempo, gocemos de Vos en la eternidad. Amén.

N. B.—*Cuando esta consagración se recita por un niño ó joven en particular, se sustituirá el plural nuestro, nosotros, por el singular mí, yo, etc,*

LOS NIÑOS AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

EL DÍA DE LA PRIMERA COMUNIÓN

CORO

¡Oh niños! hoy cantemos
Al Corazón amante,
Sus glorias ensalcemos,
Y ante ese altar juremos
Amarle en adelante.

Sí, niños, escojamos
Desde ésta edad primera
Morada en que vivamos
Y nido en que pongamos
Nuestra alma y vida entera.
Del mundo los halagos
No nos seduzcan, vanos,
Que al diablo y sus amagos
La carne y sus estragos
Renuncian los cristianos.

Perdón, Señor, por la profanación de los días de fiesta, en que muchos trabajan y no oyen misa.—*Perdón.*

Perdón, Señor, por todos los pecados que cometen contra Vos vuestras criaturas, en vuestra presencia, abusando de vuestros mismos dones.—*Perdón.*

Haced, Señor, que vivamos todos obedientes á vuestra santa ley, para que reineis en nuestros entendimientos y en nuestros corazones, y siendo vuestros en el tiempo, gocemos de Vos en la eternidad. Amén.

N. B.—*Cuando esta consagración se recita por un niño ó joven en particular, se sustituirá el plural nuestro, nosotros, por el singular mí, yo, etc.*

LOS NIÑOS AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

EL DÍA DE LA PRIMERA COMUNIÓN

CORO

¡Oh niños! hoy cantemos
Al Corazón amante,
Sus glorias ensalcemos,
Y ante ese altar juremos
Amarle en adelante.

Sí, niños, escojamos
Desde ésta edad primera
Morada en que vivamos
Y nido en que pongamos
Nuestra alma y vida entera.
Del mundo los halagos
No nos seduzcan, vanos,
Que al diablo y sus amagos
La carne y sus estragos
Renuncian los cristianos.

Si hoy hemos albergado
En nuestro pobre pecho
El Corazón Sagrado
De un Dios sacramentado,
Pan de dulzuras hecho.

Digno es que agradecidos
A su bondad inmensa
Le seamos ofrecidos,
Potencias y sentidos,
En justa recompensa.

Huyamos del pecado
Su mortal enemigo,
Y al Corazón sagrado
Pidamos que á su lado
Nos mantenga consigo.

No olvidemos los gozos
De tan felice día,
Los momentos dichosos
Que sus dones preciosos
Eran nuestra alegría.

Cuando en blancos vestidos
Al templo penetrando,
Nos íbamos llegando
Fervientes, compungidos,
Al altar venerando.

Y el pecho palpitante,
Aguardábamos la hora
En que ya sin demora
Bajase el Dios amante
Del cielo donde mora.

Y nuestra boca abrimos,
Y se alzó la Hostia Santa,
Y al Corazón que encanta
Gozosos recibimos.....
¡Oh cuánta dicha, cuántal

Ya por Jesús vivamos,
Sólo en Jesús moremos;
Su Corazón tomemos
Por norma que sigamos
Y ejemplo que imitemos.

¡Oh Corazón triunfante
De mi Jesús amado,
Haz que te sea constante,
Y nunca en adelante
Admita en mí el pecado!

Siempre reconocido
Al favor que me has hecho
Tu siervo soy rendido:
Haz, que á tí siempre unido
More en tu amante pecho.



LA APARICIÓN
GUADALUPANA

REFERIDA Á LOS NIÑOS

I

*El Tepeyac.—El Indio Juan Diego.—La
música maravillosa.—El coloquio de la
Virgen.—El recado del enviado.*

Mis amados niños, voy á referiros una historia, que no dudó veréis con mucho gusto, porque es la mayor gloria de nuestra patria y de la Religión en México. En ella nos ocuparemos algunas veces y os ruego la atendais debidamente. A una legua poco más de la ciudad de México, hay un ce-

rrito que los mexicanos llamaron en su lengua Tepeyacac, que quiere decir punta ó nariz de cerros, porque en él rematan los que le rodean.

En este sitio, pues, pasaba lo que voy á referiros. Era un sábado, día 9 del mes de Diciembre, del año de 1531, como diez después de la conquista de este país por los españoles que trajeron la verdadera fe de Jesucristo, cuando un indio cándido y sencillo, llamado Juan Diego, recién bautizado, caminando de su pueblo para la ciudad, muy de mañana, con el fin de oír la misa que todos los sábados decían en su templo los religiosos de San Francisco, al pasar por el cerrito, escuchó de repente una música tan suave y deliciosa, que le llenó de dulce admira-

ción; parecía como el canto de muchos pájaros juntos que se correspondían unos á otros con suavidad y armonía inexplicable. Pasando un rato gustando aquella consonancia arrebatadora, levantó á pocos ojos á la altura del cerro, de donde le parecían venir aquellos concentos celestiales. Presentóse entonces á sus ojos un arco iris de hermosísimos colores en cuyo centro se miraba una gran luz, y acercándose á ella confiadamente, descubrió en medio de aquel trono luminoso una Señora de sobrenatural belleza, de aspecto regio y glorioso, pero benigno y sonriente al mismo tiempo, circundada de rayos brillantes de luz, coronada con ellos la cabeza, y el manto azul salpicado de estrellas. Esta linda Señora, des-

plegando sus labios más puros y bellos que los botones de narcaradas rosas, con una voz de dulzura infinita, llamó al neófito por su nombre, haciendo ademán de invitarle á subir al risco empinado cuya cima coronaba. Obedece gustoso Juan Diego, y al llegar á la presencia de la bondadosa Señora, ésta le pregunta: «Juan, hijo mío, ¿á dónde vas á esta hora?» El encanto de esa voz celestial traspasa su corazón de júbilo indecible, pero un sentimiento de filial confianza le reanima y responde: «Voy, Señora mía, á la doctrina que los Padres de San Francisco nos enseñan en Santiago de Tlaltelolco, y á oír la Misa de la Virgen, que se canta en su iglesia los sábados.» «Sabe, hijo mío, prosiguió la Señora, que yo soy María

Virgen, Madre del verdadero Dios; es mi voluntad que se me edifique un templo en este sitio y en él me mostraré piadosa madre contigo y con los tuyos, y con cuantos me invocaren para remedio de sus necesidades. Anda al Obispo, dile lo que has visto y oído, y cómo es mi voluntad que se me edifique un templo en este lugar. Yo te agradeceré con favores este obsequio.» El indio, encantado, subyugado profundamente con la dulzura de aquel acento que le parecía muy más suave que las músicas primeras, se apresuró gozoso á llevar el recado. Como embargado y fuera de sí, recorre la distancia que le separa de la ciudad, corre en busca del Prelado, y vencidas las dificultades que halló para hablarle, por fin lle-

gó á su presencia y narra sencillamente lo sucedido, y dió de parte de la Virgen María, Madre de Dios, el recado que le había sido encomendado. Este Obispo (pronto hecho Arzobispo,) era un religioso franciscano de ciencia y piedad, que se llamaba Fr. Juan de Zumárraga, quien oyó al indio, sin parecer dar gran crédito á sus palabras, porque así lo aconseja la prudencia en esos casos, diciéndole que en otra vez, después de pensarlo, le daría la debida respuesta.

Muchas reflexiones podeis hacer, niños cristianos, en esta historia: la primera, la bondad de la Santísima Virgen en bajar á visitar nuestro suelo para traernos tantos bienes: la segunda, su benignidad en escoger por mensajero á un indio

humilde y sencillo, porque ama mucho la sencillez y la humildad, y por eso debeis tratar de practicar esas virtudes; la tercera, cómo del mismo modo que el discípulo de Jesús, que nos representó á todos en el Calvario, recibiendo á María por su madre, se llamaba Juan, así ahora tanto el indio como el Prelado llevan el nombre de Juan, como representando á todos los Obispos y á todos los fieles de la Iglesia mexicana; la cuarta, cómo el indio caminaba á oír misa en sábado, y á estudiar la doctrina, dos cosas muy provechosas, en que debeis imitarle, pues muchos niños se aplican en la escuela á varias cosas, pero miran con tedio y pereza la instrucción en la doctrina, que es mucho más importante que todo; y

muchos no van á Misa entre semana, ni aun siquiera los sábados en honor de nuestra Madre querida, por perezosos y no querer levantarse temprano. Pero ya veis cuánto se agrada á la Virgen Santísima con quien la honra el día del sábado, pues en él hizo tan grande honra y beneficio tan señalado á nuestra nación. El niño que sea verdadero devoto de la Virgen María, que le recite cada día su rosario, que le consagre los sábados de un modo especial, logrará un día ver su amable hermosura, y escuchar su dulcísima voz, no por un rato como Juan Diego, sino siempre en el cielo.

II

La vuelta de Juan Diego.—El Huey Teopixqui.—Humildad del indio.—Respuesta de la Virgen y nuevo recado.—Recomendación de la obediencia.

Amados niños: Cumpliendo el sencillo Juan Diego con su comisión, y sin obtener respuesta, vuelve en el mismo día sábado para su pueblo, y he aquí que al llegar al paraje donde por la mañana temprano le había aparecido la visión, levantando los ojos á la cumbre del cerrito, mira gozoso, aunque con algún susto, á la hermosa Señora, que en el mismo sitio parecía estarlo aguardando. Sube, pues, al risco, y haciéndole profundas reverencias al acercarse, como los indios tienen por costumbre, dióle ra-

zón de su misiva, y cómo había podido hablar al Huey-Teopixqui, que quiere decir sacerdote grande, el cual lo había recibido cortesmente, le había oído con paciencia, y le había hecho varias y repetidas preguntas; pero que al fin le había dilatado para después la respuesta. Que juzgaba no haberle merecido entero crédito, y por tanto rogaba á la Señora se dignase encargarle el negocio á otra persona de suposición y crédito, cuyas palabras se tendrían por verdaderas. La Virgen prudentísima oyó con agrado aquella ingenua y humilde relación (que la ingenuidad y la humildad le agradan sobremanera), y mirándole con bondad le respondió: «Mucho agradezco, Juan, hijo mío, tu cuidado y obediencia; pero sa-

be, que aunque tengo muchos á quienes podía mandar a este asunto, más conviene que seas tú, y no otro, quien lo ejecute y lleve á cabo. Y esta es mi voluntad; y te ordeno que de nuevo vuelvas mañana al Obispo, y le digas cómo, por segunda vez te he mandado le lleves el mismo recado de mi parte. Anda, pues, y hazlo así, que yo te gratificaré este servicio.» Juan Diego se siente inundado de gozo y de consuelo, despídese respetuosamente de la augusta Señora, y vuelve á su pueblo con el corazón ardiendo en amor de aquella soberana Beldad que le arrebató.

Y en efecto, niños, ¿qué será escuchar los dulces acentos de la Virgen María! El mismo Dios, le dice en el Cántico que le haga oír su voz, porque su

habla es dulce y agraciado su semblante. Y si el Señor, se agrada con oírla, ¿qué emoción tan suave y qué arrebató tan gozoso no nos causarían á nosotros sus palabras? Pues si queremos tener la dicha de escucharlas, y de encantarnos con esa música del empíreo, es preciso, como el feliz Juan Diego, ser dóciles á las inspiraciones y prontos para obedecer los mandatos de tan buena Madre. El indio obedeció, aunque mal recibido y no creído; nosotros debemos obedecer aunque sea con dificultades y trabajos. Mas si queréis saber qué es lo que María nos manda á fin de ejecutarlo, sabed que una de sus palabras que el Santo Evangelio nos refiere, es lo que dijo á los criados del convite de Caná: «Haced lo que él os

mande», es decir, Jesucristo su Hijo. Pues no nos pide otra cosa: hagamos lo que el Señor nos mande, y seremos felices, y quedaremos arrobados en el cielo, para escuchar la voz dulcísima de la esposa del Señor. Los niños desobedientes, que no quieren hacer lo que sus padres y maestros les ordenan, éstos disgustan al Hijo, y también á la Madre; éstos no oyen la suave voz de María, sino la ronca y destemplada voz de la serpiente, que habló á nuestra madre Eva en el paraíso terrenal, para incitarla á desobedecer á Dios, como desgraciadamente lo consiguió. Por aquí vereis, mis queridos niños, que la obediencia agrada á Nuestro Señor, y es recomendada por la voz de María, mientras la desobediencia sale del infierno,

viene del demonio y nos acarrea cuantiosísimos males. El niño obediente será favorecido del Señor, y acariciado contra el seno de la Virgen inmaculada, y oirá, como Juan Diego, su voz de celestial dulzura; el niño desobediente, abrázase con la sierpe infernal, y oye la horrenda voz del ángel malo, príncipe de la desobediencia. No olvideis esta lección.

III

El día Domingo.—Nuevo recado.—Preguntas repetidas.—Marcha del indio.—Sigüente por orden del Obispo.—Desaparece y es tenido por embustero é impostor.—Los juicios humanos.—El padecer en el servicio de Dios.

El día siguiente de las dos primeras apariciones, era Domingo, 10 del mes de Diciem-

mande», es decir, Jesucristo su Hijo. Pues no nos pide otra cosa: hagamos lo que el Señor nos mande, y seremos felices, y quedaremos arrobados en el cielo, para escuchar la voz dulcísima de la esposa del Señor. Los niños desobedientes, que no quieren hacer lo que sus padres y maestros les ordenan, éstos disgustan al Hijo, y también á la Madre; éstos no oyen la suave voz de María, sino la ronca y destemplada voz de la serpiente, que habló á nuestra madre Eva en el paraíso terrenal, para incitarla á desobedecer á Dios, como desgraciadamente lo consiguió. Por aquí vereis, mis queridos niños, que la obediencia agrada á Nuestro Señor, y es recomendada por la voz de María, mientras la desobediencia sale del infierno,

viene del demonio y nos acarrea cuantiosísimos males. El niño obediente será favorecido del Señor, y acariciado contra el seno de la Virgen inmaculada, y oirá, como Juan Diego, su voz de celestial dulzura; el niño desobediente, abrázase con la sierpe infernal, y oye la horrenda voz del ángel malo, príncipe de la desobediencia. No olvideis esta lección.

III

El día Domingo.—Nuevo recado.—Preguntas repetidas.—Marcha del indio.—Sigüente por orden del Obispo.—Desaparece y es tenido por embustero é impostor.—Los juicios humanos.—El padecer en el servicio de Dios.

El día siguiente de las dos primeras apariciones, era Domingo, 10 del mes de Diciem-

bre, y el indio, dócil y obediente, levantándose muy de mañana, se encaminó á la iglesia de Tlaltelolco, donde cumplía con el precepto de oír Misa los Domingos y fiestas de guardar; y después de la Misa asistió á la explicación de la doctrina que aquellos buenos religiosos hacían á los indios para irlos instruyendo más y más en la fe y religión. Después de ésto, vuelve inmediatamente á la casa del Obispo, y aunque le costó esperar mucho tiempo, (que era hombre muy ocupado y estaba próximo á emprender un largo viaje); pero al fin logró verlo, y después de saludarle con respeto y las acostumbradas inclinaciones, repitió de parte de la Señora el mensaje, afirmándose, con lágrimas, en lo que por primera

vez había dicho. Y añadió que al volver de nuevo con el mismo recado, era porque la Señora así lo había mandado, sin admitir sus excusas para no hacerlo. Oyó con más atención el prudente Prelado las palabras de Juan Diego, juzgando con razón que su insistencia, á pesar de la primera repulsa, podía tener por origen la verdad del suceso. Hácele, pues, multitud de preguntas, y viéndole firme en sus dichos, y acorde siempre con sus primeras palabras, le responde que la gravedad del asunto no permitía proceder tan de ligero, y así, que dijese á la Señora, se dignase darle una señal para conocer ser Ella quien le enviaba, y ser verdad lo que de su parte le decía; con lo cual, seriamente lo despidió. El in-

dio recibió la comisión sin inmutarse (lo que dió en qué pensar al Prelado), y prometiendo cumplir exactamente con lo que se le ordenaba, se alejó para volver á su casa. El Obispo, preocupado de la ocurrencia, imaginó mandar algunas personas de su casa, que siguiesen al neófito sin que él lo advirtiese, y viesen á dónde se dirigía, si álguien lo aguardaba en el camino, si entraba en conversación con alguna persona, y, en fin, qué camino tomaba y á dónde se dirigía. Los criados no se hicieron repetir el encargo; llenos de curiosidad y no muy bien dispuestos á favor del molesto visitante de su amo, fueron siguiéndole á poco trecho procurando no llegar á perderle de vista, y no ser tampoco de él notados. Así, an-

dando salieron de la ciudad, entraron en una calzada que á la salida había, llegaron á un puentecillo colocado sobre un arroyo que cercano al cerro desaguaba en la laguna, bajaron á un llano, (que es ahora la plaza,) extendido entre el cerro y el puente, y por allí, sin saber cómo ni cuándo, desapareciósese el indio de sus ojos, sin poderle más encontrar, por más que anduvieron, y buscaron, y trasegaron los riscos y las pocas matas espinosas que en el cerrito había. Ni vieron tampoco á otra persona ú otra cosa que pudiese darles algún indicio de Juan Diego ó de su paradero. Vuelven, pues, al Obispo entre buriones y despechados, cuéntanle muy por menor lo sucedido, y le dicen ser engaño ó bruje-

ría de aquel indio, impostor por lo visto, é indigno de ningún crédito. Aconsejaronle, además, que si volvía, le hiciesen castigar como mentiroso y hechicero.

De aquí sacaréis mis buenos niños, que nunca es bueno pensar mal de nadie, ni echar á mala parte las cosas del prójimo. Ese indio era bueno, sencillo, obediente y honrado con celestes confidencias; nada menos que por la Madre de Dios. Y no obstante, le juzgan por impostor y malvado, y por engañador y aun hechicero. ¡Cuán distintos son los juicios de Dios de los juicios de los hombres! También podéis notar, cómo el servicio de Dios, y el de su Santísima Madre, muchas veces ocasionan persecuciones y trabajos, y nos atraen las cen-

suras, y las burlas, y los malos juicios de las gentes; pero eso no debe detenernos ni arredrarnos; Dios toma siempre por su cuenta la causa de los suyos, y después de las tormentas y de las penas con que ellos más merecen y se conservan humildes, viene al fin á hacérseles justicia, y á brillar más su rectitud y su inocencia. Aunque encontréis, pues, á vuestro paso, algunas almas ligeras, burlonas, que se ríen de vuestro candor, que os apellidan beatos, y ponen en ridículo vuestra piedad y vuestra exactitud, no hay que hacer caso de ellas: seguid tranquilamente vuestro camino, que no se deben dejar las cosas de Dios por respetos humanos, sino servirle fielmente, y seguir adelante en busca de la Virgen

como Juan Diego, sin curar poco ni mucho de los juicios de los hombres, ni de las burlas ó censuras de los mundanos.

IV

Juan Diego continúa su camino.—Halla otra vez á la Virgen María.—Enferma su tío gravemente.—Pasa el lunes en buscarle médico.—Sale el martes á procurarle los sacramentos.—Bondad de la Madre de Dios.

Amados niños: en tanto que los criados volvían á casa del Obispo, y tan mal juzgaban y querían hacerle juzgar del pobre indio Juan Diego, éste, inocente de todo, llegó al cerrito, y trepando su cumbre volvió á encontrar por tercera vez la visión maravillosa. La benígnísima Reina le aguardaba otra vez con la respuesta, y él des-

pués de haberla adorado con profunda reverencia, puesto de hinojos á sus plantas le dijo: «Fuí, Señora, como me lo mandaste, á ver otra vez al Obispo, díjele como tú me enviabas á pesar de mis excusas, á pedirte templo en este lugar; mas él me respondió que nada podía hacer con sólo mi dicho en asuntos de tanta importancia; hízome muchas preguntas, á las que con toda verdad contesté, y parece que de algún modo empezó á creermé; pero me dijo que le mandases alguna señal por donde pudiese conocer ser verdaderamente tú quien me enviabas. Yo prometí pedírtela, y vengo ahora á cumplirlo, y á pedir las órdenes para lo que deba seguir haciendo en el asunto.» Oyóle con gran bondad la celestial

como Juan Diego, sin curar poco ni mucho de los juicios de los hombres, ni de las burlas ó censuras de los mundanos.

IV

Juan Diego continúa su camino.—Halla otra vez á la Virgen María.—Enferma su tío gravemente.—Pasa el lunes en buscarle médico.—Sale el martes á procurarle los sacramentos.—Bondad de la Madre de Dios.

Amados niños: en tanto que los criados volvían á casa del Obispo, y tan mal juzgaban y querían hacerle juzgar del pobre indio Juan Diego, éste, inocente de todo, llegó al cerrito, y trepando su cumbre volvió á encontrar por tercera vez la visión maravillosa. La benigísima Reina le aguardaba otra vez con la respuesta, y él des-

pués de haberla adorado con profunda reverencia, puesto de hinojos á sus plantas le dijo: «Fuí, Señora, como me lo mandaste, á ver otra vez al Obispo, díjele como tú me enviabas á pesar de mis excusas, á pedirte templo en este lugar; mas él me respondió que nada podía hacer con sólo mi dicho en asuntos de tanta importancia; hízome muchas preguntas, á las que con toda verdad contesté, y parece que de algún modo empezó á creermé; pero me dijo que le mandases alguna señal por donde pudiese conocer ser verdaderamente tú quien me enviabas. Yo prometí pedírtela, y vengo ahora á cumplirlo, y á pedir las órdenes para lo que deba seguir haciendo en el asunto.» Oyóle con gran bondad la celestial

Princesa, y con agradable semblante así le habló: «Juan, hijo mío, mañana volverás á verme en este sitio, y te daré una señal muy suficiente, para que puedan dar crédito á tus palabras. Y advierte que tus servicios no han de quedar sin premio. No olvides que mañana te espero en este mismo sitio.» Oídas estas palabras, despidióse Juan Diego con las acostumbradas reverencias, y con el ánimo tranquilo y regocijado volvió á su lugar y su casa. Más joh designios ocultos de la Providencia! al regreso, el indio se encuentra con un percance inesperado: era el caso que un tío suyo, llamado Juan Bernardino, había caído casi de improviso gravemente enfermo, y el sobrino corrió en busca de médicos de su raza que lo cu-

rasen, y que solían ser muy acertados en el empleo de las hierbas de su país. Pero los médicos nada lograron por aquella vez, y la enfermedad se declaró ser la que llaman cocolixtli, que es una especie de fiebre ardiente, contagiosa, y comunmente mortal. De allí es, que atendido el cuerpo, y no cediendo el mal, se pensó luego en los remedios del alma, y Juan Diego, al otro día, por la mañana, que era martes, pues el lunes se había ocupado con los médicos, determinó partir á Tlaltelolco, á llamar á un confesor, que administrase al enfermo los Sacramentos. Era el día 12 de Diciembre, cuatro días después del primer coloquio de la Virgen con Juan Diego; y éste, teniendo que pasar por el sitio de las aparicio-

nes, recordó el mandato de la Señora, é imaginó, en su candor, que estándole esperando en el mismo paraje, podría evitarlo tomando otro camino, temiendo detenerse con Ella, cuando el negocio que llevaba no sufría tardanza ni demora. Así lo hizo efectivamente, y dando un rodeo tomó por otra parte, y seguía su camino no sin apresuramiento. Mas hé aquí, que en la misma revuelta por donde pensaba ocultarse, de improviso se le presenta otra vez la visión maravillosa, cerca de una fuente ó manantial de aguas salitrosas que por allí había, y al verse tan cerca de Ella, hincóse de rodillas entre temeroso y avergonzado.

Mas ¿no habéis notado, niños, cómo, cuantas veces le habla al indio la Virgen Santí-

sima, otras tantas le advierte que le agradecerá sus obsequios, y que no dejará sin galardón sus servicios? ¡Qué buena, qué tierna, qué misericordiosa es la Madre de Dios! Cuando los ángeles mismos se juzgan dichosos en servirla y obsequiarla, pensando que al hacerlo encuentran la mejor recompensa. Ella agradece á los pobres mortales que le están tan obligados, aun los más pequeños servicios, y paga, como Reina, los más pequeños obsequios que procuremos hacerle! Es necesario amar tiernamente á esta madre tan cariñosa, y esmerarse en sus obsequios y en su culto. No debemos desmayar cuando las dificultades se opongan á nuestro camino; hagamos lo que el deber nos manda, y los designios del Se-

ñor no podrán estorbarse. Buscando unos jumentillos perdidos, halló Saúl un reino, y buscando un confesor para su tío halló Juan Diego á la que es consoladora de los afligidos y salud de los enfermos. Dejar la devoción por la obligación es un deber de todo cristiano, y no perjudica el hacerlo, porque es lo que llaman «dejar á Dios por Dios», en lo cual no hay inconveniente.

V

Juan Diego es bien recibido.—Se le manda cortar rosas.—Hállalas en el cerro árido y en el crudo invierno.—Míralas y tómalas con su mano la Virgen María.—Mándale llevarlas por señal.—Las flores en el Mes de María.—Las flores místicas del santo Rosario.

Amados niños, pensaba Juan Diego encontrar enojada á la augusta Señora, cuyo mandato había inculpablemente desobedecido, pero muy al contrario, llena de amabilidad y de gracia, contesta su saludo, admite sus obsequios y escucha benignamente sus excusas, fundadas en la enfermedad de su tío. «No tienes, hijo mío, por qué temer de la salud del enfermo, pues soy tu Madre, y ten por cierto que desde este

ñor no podrán estorbarse. Buscando unos jumentillos perdidos, halló Saúl un reino, y buscando un confesor para su tío halló Juan Diego á la que es consoladora de los afligidos y salud de los enfermos. Dejar la devoción por la obligación es un deber de todo cristiano, y no perjudica el hacerlo, porque es lo que llaman «dejar á Dios por Dios», en lo cual no hay inconveniente.

V

Juan Diego es bien recibido.—Se le manda cortar rosas.—Hállalas en el cerro árido y en el crudo invierno.—Míralas y tómalas con su mano la Virgen María.—Mándale llevarlas por señal.—Las flores en el Mes de María.—Las flores místicas del santo Rosario.

Amados niños, pensaba Juan Diego encontrar enojada á la augusta Señora, cuyo mandato había inculpablemente desobedecido, pero muy al contrario, llena de amabilidad y de gracia, contesta su saludo, admite sus obsequios y escucha benignamente sus excusas, fundadas en la enfermedad de su tío. «No tienes, hijo mío, por qué temer de la salud del enfermo, pues soy tu Madre, y ten por cierto que desde este

instante quedará sano y recobrará enteramente su salud.» Creyólo el indio con fe viva, y agradecido á tanto favor se pone á sus órdenes para cumplir lo comenzado, y recibir la señal pedida por el Prelado y por la amorosísima Virgen prometida. La Señora, dando unos pasos adelante, le manda subir á la cumbre del cerro, donde le había visto antes, diciéndole que allí encontraría variedad de rosas: que cortase y recogiese en la tilma cuantas pudiese, y luego las trajese á su presencia. Convencido estaba Juan Diego, de que jamás se habían visto flores ningunas en aquel sitio, y mucho menos debería haberlas en aquel día, en lo riguroso del invierno; mas con todo, con esa fe viva de las almas sencillas,

se apresta á realizar el mandato, y sube por el cerro para dirigirse á la cumbre en busca de las flores anunciadas. Y ¡oh prodigio! apenas llega, cuando maravillado, contempla una gran variedad de flores que súbitamente habían germinado y se habían abierto entre las rocas; se acerca, admira su hermosura, y sin detenerse, comienza á cortarlas y á recogerlas en su tilma que pende del cuello y ahueca sosteniéndola por la otra punta con la mano. Tomando cuantas caben, sin ajarlas ni apretarlas, baja con ellas al sitio donde la Virgen le aguardaba, y llegando ante Ella, abre la tilma y se las muestra y presenta reverente. La poderosa Reina las toma con sus puras y virginales manos y con ese contacto

les infunde seguramente alguna virtud prodigiosa, para que sirvan á la realización de los fines de su misericordia. Después las vuelve á dejar y acomodar en la tilma, y encerrándolas dice al neófito: «Estas rosas y flores son la señal que llevarás al Obispo, á quien de mi parte le dirás cuanto has visto, y que por estas señas, haga lo que he ordenado.» Y además de esto le manda que á nadie las muestre, ni descubra en el camino, sino que las lleve bien guardadas hasta llegar á la presencia del Prelado. Juan Diego le ofrece obedecer en todo puntualmente, y despidiéndose de la amable Señora, continúa gozoso su camino para la ciudad.

¡Qué bella, oh niños; que encantadora es esta narración!

Aquí vemos á María, nuestra Madre, á quien con tanta razón le ofrecemos en su mes preciosas flores, que quizá le habéis presentado ó visto presentar algunas veces: con razón, digo, pues es la Reina de las flores y la Rosa mística de celestial belleza y de embriagadores perfumes, que embalsama el cielo y la tierra con sus olores. Ella, ella misma, es la que habla benigna con el indio humilde, y la que escoge flores por señal de su presencia, y las hace brotar de entre las rocas, para significarnos que Ella es también la que hace brotar de entre los duros y empedernidos pecadores las frescas rosas de las virtudes cristianas. Vosotros debéis cortar algunas rosas, para llevar ramos de ellas á los altares de

la Santísima Virgen, durante su mes, y también en otros días, como en los sábados; es un obsequio que le es muy agradable, el poner algunas flores delante de sus imágenes, simbolizando con ellas los afectos del alma que la ama. Que si carecéis de esas flores, no olvidéis que Rosario quiere decir corona de rosas, y que el niño que devotamente lo rece, corona místicamente con él á la Virgen María, con las flores que le son más gratas que ninguna, esto es, con las Aves Marias. En el Rosario gozoso, la coronamos de flores blancas, nardos y margaritas, y lirios y azucenas, que son sus gozos esplendentes; en el doloroso, la coronamos con pasionarias, y rojos geranios y flores encarnadas; que significan los mis-

terios dolorosos, en todos los cuales hay efusión de Sangre de nuestro adorado Redentor; en el glorioso, se le ofrecen plúmbagos, tulipanes y otras flores azules, color de cielo, en memoria de sus glorias celestiales. Así, amados niños, el Santo Rosario completo viene á ser como una triple mística coronación de Nuestra Señora, que representa la Coronación que las tres divinas Personas le hicieron en el cielo, en el día de su gloriosa Asunción. También los vencimientos de las pasiones, son como unas flores que se cortan en el árido terreno de nuestro corazón, y se le presentan á la Virgen clementísima, que las mira, las bendice, y con su contacto las hermosea. ¡Ojalá y sepais desde pequeños cultivar estas flo-

res, y obsequiar con ellas á la Virgen María!

VI

Lleva Juan Diego las flores. — Llega á casa del Obispo. — Registran las los criados y se admiran. — Habla al Obispo. — Deja caer las flores y aparece la Imagen. — El demonio persigue á las imágenes, los católicos las aman y las veneran.

Amados niños: No bien hubo Juan Diego recibido el mensaje de boca de la Virgen, y oído la recomendación de llevar las rosas bien cubiertas, sin mostrarlas, cuando, dócil y sumiso, sin pensar más en el enfermo cuyos auxilios corría á buscar, creyendo en la palabra de la poderosa Señora que le había asegurado la curación del doliente, marcha presuroso

y con el júbilo que causa siempre el servicio de María Santísima, á cumplir su cometido. Lleva con gran cuidado las flores prodigiosas, y llegando á casa del Obispo, suplica á los criados le den aviso de su venida y de cómo quiere hablarle; mas pasando mucho tiempo sin obtenerlo, insta é insta de nuevo mostrando ser interesante lo que va á comunicarle. Observaron entonces que en la tilma llevaba algo, cuyo bulto se echaba bien de ver; y con la curiosidad propia de esos casos, y en esas gentes, preguntáronle qué guardaba, y no contestando el indio á medida de su deseo, le hacían instancias por conseguirlo. No contentos con las palabras, quieren pasar á las obras, y aunque aquel se resistía, no

res, y obsequiar con ellas á la Virgen María!

VI

Lleva Juan Diego las flores. — Llega á casa del Obispo. — Registran las los criados y se admiran. — Habla al Obispo. — Deja caer las flores y aparece la Imagen. — El demonio persigue á las imágenes, los católicos las aman y las veneran.

Amados niños: No bien hubo Juan Diego recibido el mensaje de boca de la Virgen, y oído la recomendación de llevar las rosas bien cubiertas, sin mostrarlas, cuando, dócil y sumiso, sin pensar más en el enfermo cuyos auxilios corría á buscar, creyendo en la palabra de la poderosa Señora que le había asegurado la curación del doliente, marcha presuroso

y con el júbilo que causa siempre el servicio de María Santísima, á cumplir su cometido. Lleva con gran cuidado las flores prodigiosas, y llegando á casa del Obispo, suplica á los criados le den aviso de su venida y de cómo quiere hablarle; mas pasando mucho tiempo sin obtenerlo, insta é insta de nuevo mostrando ser interesante lo que va á comunicarle. Observaron entonces que en la tilma llevaba algo, cuyo bulto se echaba bien de ver; y con la curiosidad propia de esos casos, y en esas gentes, preguntáronle qué guardaba, y no contestando el indio á medida de su deseo, le hacían instancias por conseguirlo. No contentos con las palabras, quieren pasar á las obras, y aunque aquel se resistía, no

obstante su natural timidez, recordando el encargo que de no enseñar á nadie las flores se le había hecho, no obstante, no pudo resistir tan completamente á la violencia, que evitara introdujesen las manos con los ojos á la tilma, y procurasen palpar las flores que miraron. Mas á pesar de haberlas visto bien y percibido su fragancia, al querer tomar algunas les fué imposible, pues no pudieron asirlas ni desprenderlas, cual si estuviesen en la tilma entretejidas, ó pintadas. Con este suceso tan extraño se apresuraron á dar parte al Obispo (lo que tal vez hasta entonces no habían podido hacer), y le notificaron cómo el indio que había venido ya dos veces y que á la segunda se les había desaparecido en el camino,

estaba de tercera vuelta insistiendo en hablarle, y trayendo no sé qué extrañas rosas, que al verlas parecían naturales y recién cortadas, y al cogerlas no parecían sino tejidas, ó pintadas, lo que les parecía cosa admirable. Al oír esto el Prelado ordenó que le diesen libre entrada; y efectivamente, entra con su ligera carga que no abandonaba, saluda al Obispo con todas las señales de respeto, que exageran los indios ante los superiores, y luego hace la relación de todo lo que le acaeció, desde que se separó de allí con el encargo de pedir una señal: cómo volvió á encontrar en el mismo sitio á la Señora y le dió el recado que llevaba; cómo ella le mandó volver el día siguiente, no habiéndolo verificado por ocupar-

se en buscar quien curase á un
tío suyo que gravemente había
enfermado: cómo en este día
había cambiado camino temien-
do hallarla enojada, y no que-
riendo detenerse por llevar al
enfermo un sacerdote: cómo,
á pesar de su ardid, la Señora
le había salido al encuentro, le
había asegurado la inmediata
salud del enfermo, y le había
mandado cortar en la cumbre
del cerro aquellas flores, y
traérselas como señal, repitién-
dole que deseaba se le edifica-
se un templo en aquel sitio.
Que allí traía en su manta
aquellas flores, las cuales tenía
orden de no entregar ni aun
dejar ver sino á él tan sólo. Y
entonces despliega la tilma, ba-
jando las puntas que traía re-
cogidas, y sobre una mesa que
allí estaba, suelta las flores que

que caen al punto en ella. Es-
tas eran de varias clases, pero
principalmente de las llamadas
rosas de Castilla, todas las
cuales estaban frescas, olo-
sas y aun humedecidas con el
rocío de la mañana. Y al caer,
y dejar ver el fondo de la tilma,
aparece pintada en ella, la gra-
ciosa, dulce y siempre amada
Imagen de María Santísima
de Guadalupe, la morena en-
cantadora que todo mejicano
conoce, y que vosotros niños,
también tendréis muy conoci-
da. Al contemplarla radiante
de hermosura celestial, y de-
rramando una unción de sua-
vidad desconocida, el Obispo
devoto se arrodilla, postrado la
adora, reverente la besa, y con
el semblante bañado en dulces
lágrimas, más y más conmovi-
do la contempla. También los

asistentes, no menos conmovidos, admirados la contemplaban, y devotos y reverentes la adoraban. Pasados esos legítimos transportes de gratitud y admiración, el Prelado con sus manos desata el nudo que mantenía la tilma pendiente del cuello de Juan Diego, y coloca en el oratorio la Imagen prodigiosa.

Tal fué, devotos niños, lo que algunos llaman la quinta aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, pues cuatro veces apareció ella misma al indio venturoso, y en esta vez apareció en su bellísima pintura al piadoso Prelado.

Dignas de nuestra veneración son las imágenes de los santos, pero mucha más las de Jesús y María; por eso el demonio tanto las persigue, por-

que ve que ayudan mucho á las almas á ser de Dios y de su santa Madre. Casi nunca han faltado hereges que ataquen con furor á las Imágenes, y las profanen horriblemente. Por el contrario, los católicos, las veneran, las adoran, les erigen altares, les encienden lámparas y las cubren de flores, y acuden á ellas en sus penas con una confianza jamás engañada. Por eso se llevan también en medallas ó relicarios sobre el pecho, es decir, cerca del corazón para mostrar el amor que se les tiene. ¿Lleváis vosotros consigo la medalla guadalupana? Pues si no la lleváis, sois ingratos con nuestra querida Madre. Llevad, llevad siempre su dulce Imagen sobre vuestro corazón, ponedla á la cabecera de vuestro lecho, pa-

ra que al verla recordéis siempre sus favores y os mostréis agradecidos á sus mercedes.

VII

Juan Diego en casa del Obispo.—Visita á Juan Bernardino.—El título de Guadalupe.—El prelado examina á los dos indios.—Colocación ó traslación de la Imagen.—La basilica.—La coronación.—Los niños mexicanos sean muy devotos de la Virgen de Guadalupe.

Amados niños: Después de haber el santo Obispo y los circunstantes satisfecho su devoción para con la hermosísima Imagen, prodigiosamente pintada en la tilma de Juan Diego, y después de haberla colocado con el adorno posible en el altar del oratorio episcopal, tuvieron al indio todo el día agasajándolo, y haciéndole mil

preguntas sobre cuánto le había acaecido, no ya dudosos como antes, sino admirados y convencidos. Al día siguiente, acudieron con él al lugar de los sucesos, para que mostrase el sitio que la Santísima Virgen había designado para que se le edificase el templo: bajaron al lugar donde le salió al encuentro el día anterior, cerca de una fuente de agua aluminosa (que llaman el pocito), y allí y en los demás parajes pusieron señales, para conservar memoria de los hechos. En seguida dispuso el Obispo que algunos de los suyos pasasen con Juan Diego hasta la casa de éste, para averiguar lo que hubiese de cierto en cuanto al tío enfermo de que hablaba, y á quien la Virgen había dado la salud. Y en efecto, regresando

ra que al verla recordéis siempre sus favores y os mostréis agradecidos á sus mercedes.

VII

Juan Diego en casa del Obispo.—Visita á Juan Bernardino.—El título de Guadalupe.—El prelado examina á los dos indios.—Colocación ó traslación de la Imagen.—La basilica.—La coronación.—Los niños mexicanos sean muy devotos de la Virgen de Guadalupe.

Amados niños: Después de haber el santo Obispo y los circunstantes satisfecho su devoción para con la hermosísima Imagen, prodigiosamente pintada en la tilma de Juan Diego, y después de haberla colocado con el adorno posible en el altar del oratorio episcopal, tuvieron al indio todo el día agasajándolo, y haciéndole mil

preguntas sobre cuánto le había acaecido, no ya dudosos como antes, sino admirados y convencidos. Al día siguiente, acudieron con él al lugar de los sucesos, para que mostrase el sitio que la Santísima Virgen había designado para que se le edificase el templo: bajaron al lugar donde le salió al encuentro el día anterior, cerca de una fuente de agua aluminosa (que llaman el pocito), y allí y en los demás parajes pusieron señales, para conservar memoria de los hechos. En seguida dispuso el Obispo que algunos de los suyos pasasen con Juan Diego hasta la casa de éste, para averiguar lo que hubiese de cierto en cuanto al tío enfermo de que hablaba, y á quien la Virgen había dado la salud. Y en efecto, regresando

á México el Prelado, llegaron aquellas personas acompañadas del indio á su casa, salió á recibirlos el mismo Juan Bernardino, no poco admirado de ver al sobrino acompañado de aquellos españoles, al mismo tiempo que Juan Diego no sabía qué pensar al ver sano y andando, al que había dejado un día antes moribundo en su lecho. El sobrino contó al tío cuanto le había pasado, y cómo aquellas personas venían de parte del Obispo á informarse de lo sucedido; Juan Bernardino, á su vez, contó cómo á la hora en que la Santísima Virgen lo había dicho á Juan Diego, la había visto él á su cabecera, en la misma forma y traje que aquél refería, y le había dado al momento cabal salud, mandándole lo refi-

riese todo al Señor Obispo, diciéndole que cuando le levantase el templo y colocase en él su Imagen, le llamase Santa María de Guadalupe. También los otros parientes testificaron del estado de gravedad en que á la ida de Juan Diego se encontraba Bernardino, y su repentina curación, de la que les había referido lo mismo que á ellos acababa de contar. Y viendo los españoles que la descripción que hacía aquel indio de la aparición, era enteramente conforme con la pintura de la Imagen, llenos de admiración, reconocían la verdad entera de tan asombrosos sucesos. Vuelven después de esto á la ciudad, llevando á los dos indios, para que el Obispo pudiese cerciorarse de todo por sí mismo, aunque no du-

dara en ningún modo del informe de sus enviados. Y el Prelado lo hizo, en efecto, quedando más y más persuadido de la Imagen portentosa. Colocóla en una capilla ó ermita provisoria, trasladándola en solemne y devotísima procesión con fiestas y regocijo de todos, pero muy en particular de los indios. Y ésta es, amados niños, la que hoy veneramos; ésta la que forma el encanto y la delicia de todo buen mexicano; ésta la que hizo cesar una peste horrorosa que acababa á los pobres indios; ésta la que fué llevada en canoas á México en una larga y terrible inundación que sufrió la ciudad; ésta la que se invocaba siempre con éxito cuando el cielo negaba las lluvias, viéndose al punto los efectos

de su intercesión; ésta á la que se le edificaron sucesivamente tres templos, hasta la basílica actual que ahora se ve ensanchada y hermoseaada con cuantiosas expensas; ésta á la que el Sumo Pontífice León XIII, dió licencia de coronar solemnemente, lo cual ya se ha verificado con la solemnidad que sabréis. Vosotros debéis tenerle mucha devoción, mis buenos niños; debéis, si os es posible ir alguna vez á conocerla, á su templo, visitarla en sus santuarios, hacer siempre de ella devota mención en los días doce, prepararos á su fiesta cada año con su novena, y aún también consagrarle un mes entero, sea el mes de Mayo, sea el de Diciembre, meditando punto por punto sus apariciones, y demás beneficios; debéis traer

sus medallas é inscribiros en alguna de las cofradías ó asociaciones formadas en su honor. Un niño ó niña, mexicanos, serían muy ingratos y muy dignos de reprensión, si no fuesen devotos y finos amantes de María Santísima de Guadalupe, Madre y amparo de nuestra nación. ¡Qué Dios y su Madre Inmaculada os libren del contagio del mundo, y os colmen de celestes bendiciones, amados niños!

NOVENA (ABREVIADA)

A NUESTRA SEÑORA

DE

GUADALUPE

Y Señor, abrirás mis labios.
R) Y mi boca anunciará tu alabanza.
Y Dios mío, entiende en mi ayuda.
R) Apresúrate, Señor, á socorrerme.
Y Gloria al Padre, etc.

Sentimientos de Contrición

Adorable Salvador de mi alma, ¡cuán bueno te has mostrado para con este pueblo, sacándolo de las tinieblas de la idolatría, para hacerle vivir en la plena luz del Evangelio!
¡Bendita sea, Señor, tanta

sus medallas é inscribiros en alguna de las cofradías ó asociaciones formadas en su honor. Un niño ó niña, mexicanos, serían muy ingratos y muy dignos de reprensión, si no fuesen devotos y finos amantes de María Santísima de Guadalupe, Madre y amparo de nuestra nación. ¡Qué Dios y su Madre Inmaculada os libren del contagio del mundo, y os colmen de celestes bendiciones, amados niños!

NOVENA (ABREVIADA)

A NUESTRA SEÑORA

DE

GUADALUPE

Y Señor, abrirás mis labios.
R) Y mi boca anunciará tu alabanza.
Y Dios mío, entiende en mi ayuda.
R) Apresúrate, Señor, á socorrerme.
Y Gloria al Padre, etc.

Sentimientos de Contrición

Adorable Salvador de mi alma, ¡cuán bueno te has mostrado para con este pueblo, sacándolo de las tinieblas de la idolatría, para hacerle vivir en la plena luz del Evangelio!
¡Bendita sea, Señor, tanta

bondad! ¡Alabada seà por todos los siglos tan grande misericordia! Mas ¿cómo te hemos correspondido, Jesús, Señor y Dios nuestro? ¡oh ingratitud! combatida tenazmente tu religión, el pecado paseando su triunfante cabeza, y la piedad teniendo que recatarse de la vista de los hombres, por no suscitar las burlas de los malos. ¡Perdón, Señor! ¡perdón para este pueblo, más debil quizá que culpable! ¡Perdón para mí, que no soy lo que debiera, y que con la práctica de las virtudes había de esforzarme en reparar las culpas de mis hermanos! Hoy vengo á prosternarme ante el altar de tu Madre sin mancha, venerándola en esta Imagen que encanta mi corazón, ante esta celestial pintura que recrea mis senti-

dos, y embelesa las potencias de mi alma. Por mi dulce Madre, María de Guadalupe, perdona, Señor, nuestros pecados, recibe nuestro arrepentimiento, y colma á tu pueblo de copiosas bendiciones. Amén.

ORACIÓN

*A la Virgen de Guadalupe,
que se repite los nueve días.*

¿Con que es cierto que allá en un tiempo feliz para nosotros, bajabas ¡oh María! de tu azulado cielo para posar tus plantas virginales en las pobres rocas de nuestras montañas? ¿Con que es verdad que eligiendo entre todos á un hombre fiel y sencillo, le honrabas

bondad! ¡Alabada seà por todos los siglos tan grande misericordia! Mas ¿cómo te hemos correspondido, Jesús, Señor y Dios nuestro? ¡oh ingratitud! combatida tenazmente tu religión, el pecado paseando su triunfante cabeza, y la piedad teniendo que recatarse de la vista de los hombres, por no suscitar las burlas de los malos. ¡Perdón, Señor! ¡perdón para este pueblo, más debil quizá que culpable! ¡Perdón para mí, que no soy lo que debiera, y que con la práctica de las virtudes había de esforzarme en reparar las culpas de mis hermanos! Hoy vengo á prosternarme ante el altar de tu Madre sin mancha, venerándola en esta Imagen que encanta mi corazón, ante esta celestial pintura que recrea mis senti-

dos, y embelesa las potencias de mi alma. Por mi dulce Madre, María de Guadalupe, perdona, Señor, nuestros pecados, recibe nuestro arrepentimiento, y colma á tu pueblo de copiosas bendiciones. Amén.

ORACIÓN

*A la Virgen de Guadalupe,
que se repite los nueve días.*

¿Con que es cierto que allá en un tiempo feliz para nosotros, bajabas ¡oh María! de tu azulado cielo para posar tus plantas virginales en las pobres rocas de nuestras montañas? ¿Con que es verdad que eligiendo entre todos á un hombre fiel y sencillo, le honrabas

con asombrosas confidencias y le recreabas con la vista de aquel semblante que el Dios niño miraba con delicia, y endulzabas su oído con la suave melodía de aquella voz que regocija á los ángeles del cielo? ¡Oh Vrgen de Guadalupe! Yo quiero que mi corazón se derrita de gratitud y de amor ante tu Imagen peregrina: yo quiero amar con toda mi alma á una Madre que tanto me ama: yo quiero rogar con todo el fervor de que es capaz mi corazón, por esta nación olvidadiza y culpable, ingrata y criminal, que es la mía, suplicándote, ¡oh Madre! por ella, y pidiéndote que le devuelvas la santa viveza de la fe de sus mayores, y la más plena confianza en tí que eres su Reina, su Madre, su tesoro y su encanto. Oye,

pues, mis gemidos, mística tórtola del Tepeyac; vuelve á mí esos tus ojos, velados por tu modestia virginal, y mira con ellos las necesidades de México, tu pueblo tan querido; haz fuerza á la divina misericordia, con esas manos que muestras juntas en ademán de ardiente súplica, para que se derrame sobre nosotros; y haz que los rayos del sol que te rodean, iluminando mi mente con su claridad, enciendan con su fuego mi corazón, y me dispongan así á tratar en esta hora contigo, y tributarte el culto del amor y del agradecimiento. Amén.

Una Salve á la Virgen Santísima por las necesidades de la República.

Primer día

Un sábado era, dulce Madre mía, al día siguiente de la fiesta de la Concepción Inmaculada: era un sábado, día en que la Iglesia te venera, y que toda alma que te ama, mira lucir con un aumento de afecto hacia su Madre: y en ese día simbólico, al despuntar la aurora, un pobre neófito bajaba las pedregosas laderas del camino de la ciudad, para asistir al Sacrificio augusto que en honor tuyo se ofrecía. Su frente refrescada por el viento de la mañana, sus ojos contemplando al cielo sin nublados, su paso apresurado por la devoción y el amor, iba pensando seguramente con delicia en

su Reina y su Madre. Y tú, la Reina del mundo, la Madre del Creador, clavaste con afecto tus ojos misericordiosos sobre el sencillo Juan, y descendiste de las alturas á visitarle. Mas llega el neófito feliz al pie del monte, y queda sobrecogido al escuchar una música sonora y deliciosa, y levanta las miradas á la cima, y contempla maravillado los espléndidos colores del iris, que en su centro dejaba ver una hermosísima Señora, que lo llama cariñosa por su nombre, y le pregunta adonde se encamina. Y entonces, le dice: «sabe, hijo mío, que soy María Virgen, Madre del verdadero Dios». ¡Qué amor destila la palabra «hijo mío» dicha por tí, Reina del cielo á aquel hombre sencillo! ¡qué espléndida revelación la que en

breves palabran contiene tu nombre venerado, y tu virginitad perpetua, y tu maternidad divina! ¡qué amorosa fineza al explicar que se trata del Dios verdadero, pues que aquel hombre, diez años antes creía aún en dioses falsos, y veía adorar en aquellos sitios un ídolo con el nombre de «Madre de Dios», infamemente usurpado por el demonio! Mas luego expresas ¡oh inmaculada Virgen! tu voluntad de que se erija en honra tuya un templo, con la promesa de mostrarte allí Madre cariñosa en todas nuestras necesidades, y envías al favorecido Juan al representante de tu Hijo en estas regiones, para significar tus amorosos designios. Bendita sea tanta bondad, ¡oh Madre mía! ¡ensalzada sea todos los días

tan amorosa fineza! Pero, escucha, Señora: tu pueblo ha degenerado grandemente prevaricando de un modo espantoso: muchos hijos tuyos, olvidados de la religión de sus padres, sólo anhelan por goces materiales. ¡Luz, Reina mía, para estos pobres ciegos! ¡piedad y compasión para estos locos extraviados! Tus hijos son, Virgen de Guadalupe, aunque ingratos y pecadores! Míralos propicia, ilumina su ceguera, aparta de nosotros los males que nos amenazan, y solicita, en nuestro favor, la abundancia de bienes de que tanto necesitamos. Amén.

El ave maris stella

¡Ave del mar estrella
De Dios madre sagrada,
Virgen de Guadalupe,

Puerta del cielo Santa;
Ya que el ave del ángel
Escuchas humillada,
Funda en paz á tus hijos
Y el nombre de Eva cambia.
Al reo sus lazos suelta,
Al ciego da luz clara,
Nuestros males ahuyenta,
Todo bien nos alcanza,
Muestra que tú eres madre;
Por tí nuestras plegarias,
Reciba el que ser quiso
Fruto de tus entrañas.
Virgen única en todo,
De todas la más mansa,
Suelta el alma de culpas,
Hasta tu mansa y casta.
Préstanos vida pura
Y vía segura y llana,
Por ver á Jesús, juntas
Y alegres nuestras almas.
Sea alabanza á Dios Padre,
Y á Jesús honra dada,
Y al Espíritu igualmente,
Trinidad una y santa. Amén.

Segundo día

Aquí vengo, Madre mía de
Guadalupe, á saborear tus ben-
didas palabras; «sabe, hijo mío,
que soy María» me dices; por-
que á todos te diriges y en to-
dos piensas, cuando al sencillo
Juan hablabas en el monte. Sí,
Madre mía, yo sé que eres Ma-
ría, la estrella reluciente del
mar borrascoso de este mundo;
que tú alumbras bienhechora,
mis caminos. Yo sé que eres
María, iluminada con luces ce-
lestiales, ilustrada con los divi-
nos arcanos, y alumbrada con
la ciencia más alta: iluminado-
ra con tus sublimes virtudes, y
con esa vida preciosa, que es
general instrucción de los cris-
tianos. Yo sé que eres María,

la dueña del mundo y la Señora de los corazones, á los cuales cautivas con inauditas finezas; la dueña de los cielos y la tierra, la Señora de los ángeles y de los hombres. Elige, pues, ¡oh Reina y Madre mía! mi corazón por templo y casa tuya; mora en mí como en sitio de tu agrado, y pon en mí tus ojos de paloma, para que vean los males de mi alma, y tu piadoso corazón, para que se apiade de las necesidades que me afligen. Mira cómo los que nos atribulan se multiplican tristemente. Pero sabe tú, ¡oh Virgen de Guadalupe! que aún somos tus hijos; sabe que tu devoción no se ha extinguido en nuestro pecho, y que este pueblo, es todavía uno de los que más te aman y te veneran sobre la tierra; sabe que somos tuyos;

sabe que á tí llamamos con angustia, como el niño, temblando de susto, llama á gritos á la madre que lo ha llevado en sus entrañas. Muestra, pues, que eres Madre de este pueblo, y que tu divino hijo Jesús reciba por tus manos las preces de nuestros labios. Amén.

Tercer día

Dos veces quieres aparecer en sábado, Virgen de Guadalupe, como para mostrarnos con cuánto gusto descienes á la tierra á recibir los cultos que las almas amantes te tributan. Ansia sentía tu pecho maternal por oír de boca del sencillo neófito el resultado de su misión. Le hablas de nuevo por la tarde, escuchas su ruego de ser sustituido por persona de

más crédito, y entreabriendo los labios virginales, le dices que agradeces su cuidado y obediencia; que convenía que fuese él, y no otro alguno, y que repitiese otra vez idéntico mensaje, prometiendo premiar su diligencia. ¡Oh y cuánto te interesan nuestras almas, y cuánta prisa tienes de favorecerlas! ¡Oh y cuánta generosidad muestra tu pecho al dar las gracias á un hombre tan humilde, por tan pequeño servicio, cuando un ángel se tendría por dichoso al ejercerlo! Bendita seas, Señora y Madre mía, que no te cansas de sufrir nuestras repulsas, y tocas de nuevo las puertas de nuestra alma, y estimulas nuestro celo con la promesa de mercedes. Muy bien sé, Madre mía, que los que te dan á conocer,

sacando á luz tus excelencias, obtendrán la vida eterna, y los que den contigo hallarán la misma vida, y alcanzarán del Señor su salvación. Llámanos, pues, de nuevo, oh Reina soberana. ¡Oh Virgen singular para nosotros, pues que á nación ninguna has honrado en tal manera! ya que te muestras tan mansa, tan apacible y tan amante, haz que desatados de las culpas, que como pesadas cadenas nos oprimen, obtengamos la mansedumbre, que nos haga un pueblo de hermanos, y la santa castidad que nos haga aceptos al cielo. Amén.

Récese devotamente el Ave maris stella.

Cuarto día

Bien sé, querida Madre, que tienes muchos á quienes man-

dar, bien sé que hay innumerables almas que volarían presurosas á ejecutar todas tus órdenes, y que se anticiparían, si pudiesen, á realizar tus menores deseos; bien sé que en nuestros tiempos tan desgraciados y tan tristes, tu dulce amor, como un torrente desprendido de los cielos, inunda la tierra, y dulcemente arrebatando los corazones; bien sé que digiste que convendría que este pueblo y no otro alguno, fuese el confidente de tus secretos, y el heraldo de tus bendiciones. Viniste al Tepeyac, á destruir los pecados del pueblo, y á encaminarlo por los rectos senderos: te ostentas bajo los signos con que se representa la Imagen de tu Concepción Inmaculada, vestida del sol, de estrellas adornada, y la lu-

na por escabel de tus plantas; alientas la esperanza, prometiendo ser propicia á nuestros males, y en todas nuestras necesidades, cariñosa socorrernos; y el Vicario de tu Hijo sobre la tierra, al contemplar tu Imagen que embelesa, exclama con el real Profeta: «No hizo tal con ninguna otra nación, ni así les ha manifestado sus designios.» ¡Virgen de Guadalupe! haz que al pie de tu altar se reavive la fe de este tu pueblo, y que á la vista de esta Imagen celestial se inflame su amor y crezca su reconocimiento! Renueva hoy, más que nunca, tus llamamientos; alientanos con tus promesas y apártanos de los senderos del error y de la corrupción del siglo presente, para que veamos algún día regoci-

jados, en el cielo, el semblante de la Madre, cuya Imagen formaba nuestra delicia aquí en la tierra. Amén.

Récense devotamente el Ave maria stella.

Quinto día

Era el día del Señor; y el Nuncio, humilde, después de asistir al santo sacrificio, dirígese al Prelado, á quien con lágrimas refiere su mandato; mas acompañado á la vuelta por los criados, desaparece á los ojos de los que le vigilan. El te encuentra en la cumbre, donde solicita le aguardabas, y humillado en tu presencia, refiere las preguntas del Obispo, y como pide una señal cierta, que autorizando al legado, testifique la verdad de sus palabras.

Tú le agradeces su obediencia, y le mandas volver al día siguiente al mismo sitio. para dar las señales exigidas. Mas en el día siguiente un deudo suyo enferma gravemente, y los cuidados impiden al neófito el acudir á obsequiar tus amorosas intenciones. Pero tú, que como Reina del mundo no podías ignorar lo sucedido, ¿por qué no mandas retroceder á la fiebre, antes que hiera al deudo de Juan Diego? ¿Por qué permites que tu fiel mensajero sea mirado como impostor por los ministros, y delatado como tal al superior, y mirada su extraña desaparición como fraude y engaño? ¡Oh Virgen santísima! No estorbas, pues, que Bernardino enferme, como Jesucristo no estorbó que su amigo Lázaro muriese para

que fuese mayor y más palpable el milagro de su resurrección, después de cuatro días de sepultura; era preciso que la persecución sobreviniese, para que la verdad apareciese triunfadora: y que el nuncio fuese tratado (como lo fué Jesús, tu Hijo) de engañador y de hechicero, para que creciese su mérito y no faltase en ésta tu obra el crisol de la tribulación que la hiciese más luciente.

Mas aquellos dudaban, porque nada habían visto; el Prelado vacilaba por prudencia, y sus ministros juzgaban mal, engañados por las apariencias. Pero lo más triste es que ahora los creyentes se entibien, y tus devotos se desalienten. ¡Piedad! ¡Piedad para todos, Virgen de Guadalupe! Haz que nos hagamos más fervientes en

nuestras oraciones y más frecuentes en nuestras visitas, para que mientras tantos sacian sus ojos con las vanidades que el mundo ofrece, nosotros no nos cansemos de ver tu Imagen embelesadora que fué el encanto de nuestros padres, y es hoy la más dulce esperanza de sus hijos. Amén.

Récese muy devotamente el Ave maris stella.

Sexto día

Al día siguiente caminaba el neófito con diligencia, á fin de llevar al enfermo, que se agravaba, los dulces auxilios que la religión para aquellos momentos proporciona. Y temiendo que la tardanza perjudicase á su intento, huye con candidez del sitio de la cita antecedente,

que fuese mayor y más palpable el milagro de su resurrección, después de cuatro días de sepultura; era preciso que la persecución sobreviniese, para que la verdad apareciese triunfadora: y que el nuncio fuese tratado (como lo fué Jesús, tu Hijo) de engañador y de hechicero, para que creciese su mérito y no faltase en ésta tu obra el crisol de la tribulación que la hiciese más luciente.

Mas aquellos dudaban, porque nada habían visto; el Prelado vacilaba por prudencia, y sus ministros juzgaban mal, engañados por las apariencias. Pero lo más triste es que ahora los creyentes se entibien, y tus devotos se desalienten. ¡Piedad! ¡Piedad para todos, Virgen de Guadalupe! Haz que nos hagamos más fervientes en

nuestras oraciones y más frecuentes en nuestras visitas, para que mientras tantos sacian sus ojos con las vanidades que el mundo ofrece, nosotros no nos cansemos de ver tu Imagen embelesadora que fué el encanto de nuestros padres, y es hoy la más dulce esperanza de sus hijos. Amén.

Récese muy devotamente el Ave maris stella.

Sexto día

Al día siguiente caminaba el neófito con diligencia, á fin de llevar al enfermo, que se agravaba, los dulces auxilios que la religión para aquellos momentos proporciona. Y temiendo que la tardanza perjudicase á su intento, huye con candidez del sitio de la cita antecedente,

y descende por otro sendero menos alto. Mas ¡oh bondad la tuya, Madre mía! como la gracia de tu Hijo persigue al hombre en los senderos más escondidos, así tú, con maternal constancia, occurs al encuentro de Juan, no lejos de una fuente, y explicada la causa de su tardanza, que le preocupaba, le dices que no tema el riesgo del enfermo; que ya estaba sano, y que volviese á cumplir lo que le habías mandado. Mas como él pidiese las señas que le acreditasen, le mandas subir á la cumbre del monte, y que, cortando las flores que allí encontrara, las recoja y las traiga á tu presencia. Y el monte, obediente á la insinuación de su Reina, las produce al punto mismo en abundancia, y las manos cogen

cuantas puede abarcar la tilma en que las lleva; y las rosas estaban frescas y olorosas y con rocío; y cogiéndolas tú, Señora, con las manos, las bendices y mandas á Juan las lleve como señales, sin mostrarlas á nadie en el camino. Mas entonces, Madre mía, los ángeles formaban los perfiles de tu virginal figura, bosquejados sobre la tilma desplegada, por los primeros rayos del sol que asomaba en el oriente, y cobijaba tus espaldas, dejándote con ellos revestida; entonces trazaban esos colores de una dulzura indefinible, que ni el pincel humano pudo jamás igualar, ni el tiempo, devorador de las cosas, destruir. Allí quedó trazada esta celeste Imagen, sin que obstase la rudeza del ayate para impedir la

pintura, ni su falta de preparación para fijarla, ni su rareza y transparencia para perfeccionarla, ni su frágil costura para perpetuarla.

Mas ¡oh Virgen de Guadalupe! ¿Qué simbolizan las flores que haces brotar en medio de áridos peñascos, sino las virtudes que cada día haces germinar en los corazones de tus hijos? Y ¿qué indica el hacerlas florecer en el sitio de tus apariciones, en las cumbres y no en el collado, sino que las virtudes florecen más copiosamente en las almas que tú visitas, y en las que desprendidas de la tierra tienen siempre sus aspiraciones levantadas hacia el cielo? ¿Y para qué miran tus ojos, y tus manos palpan aquellas rosas que con su jugo imprimirán tu Imagen,

sino para advertirnos que las virtudes hermoseadas con tu contacto, serán más frescas y más suaves, y que protegidas por Cristo, rocío de los cielos, irán labrando é imprimiendo tu semejanza y la suya en nuestras almas? ¿Y para qué mandas recatarlas de todas las miradas, sino para advertirnos del secreto con que debemos conservar los favores recibidos? ¿Y por qué eliges para esa grande obra la madrugada, sino para que entendamos que esa es la más bella hora de cada día, y que en ella debemos hablar con Dios y con su santa Madre? Haz, pues, Señora, que no nos cansemos de estudiar ésta tu historia, tan llena de amor como fecunda en enseñanzas; haz que los ojos de tantos ciegos se abran á los

plácidos rayos de tí, aurora de los cielos; para que impresa en el corazón tu virginal figura, podamos un día contemplar en los cielos á aquella cuya Imagen nos encantaba aquí en la tierra. Amén.

Récese devotamente el Ave maris stella.

Séptimo día

Apenas prometes á Juan en la montaña la salud del enfermo, cuando te presentas á éste, que escucha ¡oh Virgen! tu voz melodiosa, y le muestras tu voluntad de que un templo se edifique, en el mismo sitio que al otro Juan manifestaras, y que tu Imagen se llamase Santa María de Guadalupe. La salud completa de aquel hombre, da bastante testimo-

nio de tu bondad de Madre, y de la realidad de tu visita; así quisiste premiar la ardiente fe de aquellos neófitos, y recompensar los pasos dados en tu honor y servicio. Mas ¿qué quiere decir ese nombre con que gustas llamarte? Si aún en nuestra lengua significa agua de la fuente, como manifestando que eres una fuente purísima cuyas límpidas aguas son las gracias que redundando de tí, refrigeran y purifican: ¿cuáles serán sus sentidos en el pintoresco dialecto en que te dignaste hacerlo oír la vez primera! Muy bien puede indicar «la que tuvo origen en la cumbre de las peñas», nombre que recuerda las palabras que de tí canta la Iglesia, tomándolas de un salmo misterioso: «los cimientos de la ciudad de Dios

están colocados sobre las altas montañas», y nombre que recordaría perpetuamente tus apariciones sobre la cumbre del Tepeyac, juntando así la alteza de tu ser inmaculado, con la dignación de tus visitas á la bajeza de nuestro suelo. O más bien puede significar el nombre de Guadalupe que adoptaste: «la que ahuyentó á los que nos devoraban», puesto que á tu venida desaparecieron las supersticiones idolátricas, y fueron ahuyentados los demonios, lobos feroces que devoraban á millones las almas, atormentando también no pocas veces á los cuerpos. ¡Oh Virgen de Guadalupe! Hediondas manchas afean hoy á tu pueblo querido: sé tú la fuente de aguas claras adonde venga á purificar su alma conta-

minada! sé tú la que apareciendo á nuestros ojos radiante de luz, en la cumbre de la montaña, desbarates las nieblas, y confundas tú sólo, una vez más, á la herejía! Los leones rugientes del infierno devoran las almas; sé tú, Señora, la que ahuyentes muy lejos á estas bestias devoradoras, que con astucia de raposas devastan y asolan las viñas del Señor! ¡Que ese tu místico nombre de Guadalupe, tan grato á este pueblo que te ama, endulce nuestras penas, embalsame nuestra alma y purifique el ambiente emponzoñado! ¡Que tu Imagen, ocupe por todas partes un lugar preferente en nuestros templos y en las paredes de nuestras moradas! ¡Que tu historia sea referida por las madres á sus hijos, y

por los hijos de nuestro suelo á los extraños! Y que tu amor inflame nuestros corazones en tanto que nuestros ojos te contemplen y nuestros labios besen en el cielo tus plantas virginales. Amén.

Récese devotamente el Ave maris stella.

Octavo día

Ya había llegado el mensajero, ¡oh Virgen santa!, á la casa del Prelado; ya había esperado mucho tiempo, y había tenido que recatar las rosas que llevaba, cuando al fin, introducido á la presencia del Obispo, relata su mensaje, y añadiendo que lleva las señales pedidas, despliega el ayate y deja caer las flores que en él guarda. Pero ¡oh prodigio inau-

dito! ¡oh maravilla que registran encantados los sentidos! En la tosca tela del neófito, una pintura celestial se presenta ante el Prelado. Eres tú, la Reina de los ángeles y de los hombres; eres tú, Madre de Dios y Madre mía, la que te dejas ver allí, semejante á la visión del Apocalipsis: el sol te viste de pies á cabeza, bordan tu manto las estrellas, y pisas la luna con tus plantas, y un querubín con las alas extendidas te sostiene. El traje de las nobles hijas de nuestro suelo te viste, y su agraciado color tiñe tu rostro de angelical modestia. Las flores de los campos parecen haber cedido sus colores para pintar tu vestidura, y las más bellas mariposas el oro de sus alas para dorar tu túnica. ¡Oh Madre, Madre,

dulce Madre mía! ¡Qué bella y qué graciosa apareces así, á las miradas de los que te aman! ¡Con razón de los ojos del Prelado brotan, al contemplarte, ardientes lágrimas de agradecimiento y de ternura! ¡Con razón al comparecer ante tí se endulzan nuestras penas, y se obtienen fuerzas para sufrir las persecuciones. Vuelve hoy, pues, á nosotros esos tus ojos misericordiosos. María de Guadalupe, penetra con ellos en el seno de nuestras ciudades y en lo más íntimo de nuestras entrañas, y límpialo todo, alumbra y purifícalo todo con tu aspecto. Muévante á compasión tantos hijos ingratos y culpables; á todos mira, Virgen misericordiosa, para que tus entrañas se muevan á clemencia; acuérdate, oh Virgen

fiel, de tu promesa, de mostrarte Madre de misericordia en todas nuestras necesidades; muévete á protegernos entre tantos peligros, Virgen poderosa, ampáranos en la vida, acompáñanos benigna á la hora de la muerte, y regocijamos con tu dulce presencia en la eternidad. Amén.

Récese el Ave maris stella.

Ultimo día

¡Con cuánto amor y agradecimiento fué acogida tu portentosa Imagen, Madre mía de Guadalupe!, hasta que, colocada en el templo principal fué autorizada de este modo; pues la Iglesia no alimenta la piedad de sus hijos con la ficción ni la mentira. Desde entonces resiste al embate de to-

dos los elementos destructores; ni el polvo la deslustra; ni los rayos del sol la decoloran, ni el aire cargado de vapores corrosivos la destruye; ni el contacto de millares de objetos la descompone: inmóvil, radiante en el trono que la fe de nuestros padres le erigiera, ve pasar los siglos tras los siglos, siempre pronta para recibirnos y escuchar nuestras quejas. Si alguna vez deja la montaña de su elección para penetrar en la ciudad inundada, no es sino para facilitar el acceso á sus hijos, ó para calmar la horrible peste que destruye su raza tan querida; mas trascurrido el peligro, vuelve majestuosa á instalarse en su templo para recibir allí las plegarias de todos, y mostrarse su Madre verdadera. ¡Oh Madre mía, tesoro

de mi corazón y encanto de mi alma! ¿Cómo te alabaré, Virgen de Guadalupe, y con qué nuevos acentos cantaré tus maravillas? ¿Qué palabras tan tiernas encontraré en el humano lenguaje que puedan mostrarte el amor de mi corazón para contigo? ¡Virgen mía! ¡Madre mía! morena tórtola de nuestros altos montes; azulada paloma del Tepeyac, tierna beladad de encanto soberano, que á México cautivas y enamoras; clara fuente de mansísimas aguas, á cuyas márgenes acuden las almas sedientas en busca de salud y de limpieza; estrella esplendorosa matutina, que en la cumbre de las montañas apareciste un día para ahuyentar la negra noche de los errores; rosa mística de celeste fragancia, que te abriste

en nuestro suelo para embalsamarle por siempre con tu aroma; iris radiante de limpios colores que te levantas entre el cielo y la tierra para alentar la esperanza del hombre y recordar al Señor sus promesas de paz! ¡Virgen de Guadalupe, Dios te salve! Mi corazón es tuyo, mis ojos no quisieran retirarse nunca de esa Imagen que siempre los recrea sin saciarlos jamás. ¡Piedad, piedad de tu pueblo, Madre mía! Que los errores se disipen: que los ángeles de las tinieblas huyan amedrentados al infierno, que los herejes se rindan á la luz de la fe, que los católicos reaviven su celo. Que el nombre del Señor sea santificado en todas partes, y que tu culto se aumente á porfía entre nosotros, para que purificada nues-

tra vida y asegurando nuestro camino, juntos nos alegremos al ver á Jesucristo, allá en el cielo. Amén.

VISITA

A la Virgen María de Guadalupe, en su templo ó delante de su Imagen, para rogar por la nación mexicana.

- V. Señor, abrirás mis labios.
- R. Y mi boca anunciará tu alabanza.
- V. Dios mío, entiende en mi ayuda.
- R. Apresúrate, Señor, á socorrerme.
- V. Gloria al Padre, etc.

Sentimientos de contrición

Dulce Jesús, salvador de las almas, que entre las invenciones de tu amor para con los hombres has querido poner á María, tu dulce Madre, para que atraiga con irresistible hechizo á los pecadores, á fin de que, cautivados por ella, pasen á tus manos, y se arrepientan

en nuestro suelo para embalsamarle por siempre con tu aroma; iris radiante de limpios colores que te levantas entre el cielo y la tierra para alentar la esperanza del hombre y recordar al Señor sus promesas de paz! ¡Virgen de Guadalupe, Dios te salve! Mi corazón es tuyo, mis ojos no quisieran retirarse nunca de esa Imagen que siempre los recrea sin saciarlos jamás. ¡Piedad, piedad de tu pueblo, Madre mía! Que los errores se disipen: que los ángeles de las tinieblas huyan amedrentados al infierno, que los herejes se rindan á la luz de la fe, que los católicos reaviven su celo. Que el nombre del Señor sea santificado en todas partes, y que tu culto se aumente á porfía entre nosotros, para que purificada nues-

tra vida y asegurando nuestro camino, juntos nos alegremos al ver á Jesucristo, allá en el cielo. Amén.

VISITA

A la Virgen María de Guadalupe, en su templo ó delante de su Imagen, para rogar por la nación mexicana.

- V. Señor, abrirás mis labios.
- R. Y mi boca anunciará tu alabanza.
- V. Dios mío, entiende en mi ayuda.
- R. Apresúrate, Señor, á socorrerme.
- V. Gloria al Padre, etc.

Sentimientos de contrición

Dulce Jesús, salvador de las almas, que entre las invenciones de tu amor para con los hombres has querido poner á María, tu dulce Madre, para que atraiga con irresistible hechizo á los pecadores, á fin de que, cautivados por ella, pasen á tus manos, y se arrepientan

de sus pecados, y se aprovechen del fruto de tu sangre preciosa; yo he sido cautivado por esa celestial criatura, y preso de su amor, he querido pertenecer á tu servicio bajo el amparo de su protección virginal. Mas no obstante, mi vida está llena de faltas y pecados: Perdóname, Señor; acaba la obra de mi santificación que por ella has comenzado; perdona á toda esta nación, tan colmada de beneficios como llena de ingrati- tudes y de culpas; haz que el amor y la devoción hacia la Reina de los cielos, que por dicha no ha llegado á faltarle, reavive su esperanza, encienda el ardor de su fe y aliente en su corazón la llama de la cari- dad; á fin de que experimen- tando una vez más que has hecho curables á las naciones,

todas las gentes te alaben y te glorifiquen eternamente. Amén.

ORACION

Á LA

VIRGEN MARIA

¡Oh María, verdadera Madre de Dios verdadero, aquí vengo á implorar tu protección para con este pueblo que te es tan querido; vengo á prosternarme ante tu altar para pedirte el remedio de los males que nos afligen, recordándote la palabra que empeñaste de mostrarte Madre tierna en nuestras necesidades: vengo á pedirte que renueves la fe que se extingue en los corazones y la piedad que se ahuyenta del seno de nuestras familias; vengo á suplicarte que destierres los mundanos respetos que hacen cometer tantos pecados en nosotros, é inspires de los hijos

el profundo respeto que debemos profesar á nuestros padres; que prestes socorro á los que están llenos de miserias, tu ayuda á los que padecen por la pusilanimidad, que consueles á tantos que lamentan sus pesares; que pidas al Señor por el pueblo, que interpongas tu mediación por el clero sagrado; que intercedas por ese sexo devoto de quien formas las delicias, y que todos los que se alegran con tu dulce memoria, experimenten los efectos de tu ayuda maternal. Amén.

Récense las Ave Marias que siguen:

¡Virgen de Guadalupe! reprime entre nosotros las iras desencadenadas de la serpiente infernal. *Ave Maria.*

¡Virgen de Guadalupe! detén

ORACION

Á LA

VIRGEN MARIA

¡Oh María, verdadera Madre de Dios verdadero, aquí vengo á implorar tu protección para con este pueblo que te es tan querido; vengo á prosternarme ante tu altar para pedirte el remedio de los males que nos afligen, recordándote la palabra que empeñaste de mostrarte Madre tierna en nuestras necesidades: vengo á pedirte que renueves la fe que se extingue en los corazones y la piedad que se ahuyenta del seno de nuestras familias; vengo á suplicarte que destierres los mundanos respetos que hacen cometer tantos pecados en nosotros, é inspires de los hijos

el profundo respeto que debemos profesar á nuestros padres; que prestes socorro á los que están llenos de miserias, tu ayuda á los que padecen por la pusilanimidad, que consueles á tantos que lamentan sus pesares; que pidas al Señor por el pueblo, que interpongas tu mediación por el clero sagrado; que intercedas por ese sexo devoto de quien formas las delicias, y que todos los que se alegran con tu dulce memoria, experimenten los efectos de tu ayuda maternal. Amén.

Récense las Ave Marias que siguen:

¡Virgen de Guadalupe! reprime entre nosotros las iras desencadenadas de la serpiente infernal. *Ave Maria.*

¡Virgen de Guadalupe! detén

con tu mano soberana las tempestades de la persecución que ha conmovido en nuestro suelo á la Iglesia santa. *Ave María.*

¡Virgen de Guadalupe! haz que encuentren un asilo entre nosotros las almas que desean arrancarse del mundo y consagrarse enteramente á Jesucristo. *Ave María.*

¡Virgen de Guadalupe! alcanza del Señor que no profanemos los lugares consagrados á la Oración y santificados con los más altos misterios. *Ave María.*

¡Virgen de Guadalupe! intercede por la Iglesia universal, por la conservación y libertad del Sumo Pontífice, por el acierto de nuestros Prelados, párrocos y sacerdotes, y por las personas de nuestros gobernantes. *Ave María.*

Coloquio final

¡Oh Virgen de Guadalupe! ¡Cuán grato me es venir á pasar unas horas prosternado ante tus plantas, y dejar el ruido mundanal, para conversar dulcemente con una madre y descansar de las solicitudes de la vida, en el silencio misterioso de tu templo! Aquí sí soy feliz á tu lado, Madre mía: aquí olvido los sinsabores que amargan mi existencia, aquí paso unos instantes tan dulces, que me recuerdan la felicidad de la gloria. ¡Virgen de Guadalupe! mis ojos no se cansan de mirarte, y cuando se entrecie-
rran, un atractivo nuevo los levanta, y unas nuevas y atentas miradas los embelesan otra vez, y no los sacian. Tu corona me revela tu majestad y tu gloria;

tu moreno semblante me recrea; encántanme tus ojos tan púdicos y tan humildes, y tu boca graciosamente cerrada me regocija; la cruz que abotona tu túnica me recuerda que debe ser mi riqueza y tesoro; tus virginales manos al juntarse, me enseñan cuánto oras por tu pueblo, y me invitan á la santa oración; el dorado floreo de tu vestido me indica cómo deben adornarme las virtudes, encendidas en el oro de la caridad; el sol que te circunda y las estrellas que bordan tu manto me acuerdan que eres tú la Reina de la creación, y que debo revestirme de la luz de la gracia para imitarte; la luna que pisas, puesta á tus pies, me advierte, que sólo debo estar en este mundo como de paso y que debo conculcar el

polvo del destierro, y no abrazarlo con delicia; el querubín que te sostiene, me advierte que los ángeles te sirven como á Reina, y toda tú vestida al uso de las doncellas hijas de nuestro suelo, me haces pensar en aquella palabra que de tu divino Hijo, dijo el Apóstol: que "se anonadó á sí mismo tomando la forma de siervo, hecho á semejanza de los hombres, y hallado en la figura exterior como hombre." (Philip. II. 7).

Así tú descienes á tomar la forma de indígena, y á semejanza de ellas te pintas y en la figura exterior de ellas te hallamos cuando en tu Imagen venerada venimos á buscarte. ¡Bendita seas, Reina mía, que te apareciste entre nosotros con los colores de las hijas de nues-

tro suelo, rasgo de cariño que mi corazón quisiera corresponder, y mi alma agradecer como debe. ¡Virgen de Guadalupe, yo quiero endulzar mis miradas con posarlas sobre esa pintura de los cielos; quiero que mi pobre cabeza sea esa dichosa luna que tocan tus plantas: quiero que mi corazón, encendido en tu amor, lance por todas partes rayos del fuego que le anima, para que te formen un trono y en medio de él habites: quiero que el querubín abra su mano y suelte tu manto para tomarlo yo y con él cubrirme, y bajo él protegerme de los tiros de mis enemigos; yo quiero que esas manos apretadas tomen en medio las mías, y me levanten del polvo de la tierra, á contemplar las cosas del cielo, y mirar cara á cara tu her-

mosura. ¡Madre mía, vida mía, dulzura mía, yo no me canso jamás de estar contigo! pero es fuerza separarnos, encanto de mi alma; es preciso partir y no ver más á la que amo. Mas aquí te dejo mi corazón, Virgen de Guadalupe: contigo queda amándote y venerándote. Bendíceme Señora, mírame aún otra vez y déjame mirarte. Piedad Madre mía, una mirada compasiva, una bendición tuya para este pobre suelo! Amén.

V. Virgen de Guadalupe, Madre mía.

R. Mi corazón te dejo en este día.

Digase tres veces.



ORACIONES
PARA
ANTES Y DESPUÉS
DE LA CONFESION

Acto de contrición.

¡Oh Dios y Señor mío! ya va á llegar el dichoso instante en que quedaré purificado de mis faltas con la Sangre de mi Salvador. Quisiera tener un grande dolor de todas ellas y una firme resolución de morir antes de volver á cometerlas. Escucha, Jesús mío, la súplica de éste tu hijo postrado á tus pies y ante tu altar: no entregues al demonio el alma de un hijo que en tí pone su confianza.

(159)

Crea en mí un corazón nuevo, é inspírame un odio profundo al pecado que junto con tu amor me disponga al perdón.

Sí, Señor, detesto por lo pasado y abomino para lo de adelante todo lo que sea contrario á tu santa ley. Odio al pecado que me ha traído tantos males, privándome de tantos bienes, y exponiéndome á la penas eternas; odio al pecado que ha enclavado en la cruz á mi Jesús, mi Dios, mi hermano y mi bienhechor. Haz, Señor, que mi arrepentimiento sea proporcionado á mis faltas, y sincera mi contrición, para ser reconciliado contigo por las palabras que tu ministro va á pronunciar sobre mí.

Acto de fe

Oh Jesús, bondad infinita, yo sé y creo que digiste á tus Apóstoles: «á quienes perdonareis los pecados les serán perdonados.» Gracias te doy por esta sagrada palabra, que tantos bienes me proporciona: bendita sea tu clemencia y tu misericordia! Creo también que dejaste en tu Iglesia el poder de perdonar los pecados, ejerciéndose desde entonces hasta que haya en el mundo un solo pecador á quien salvar. Creo igualmente en la eficacia del sacramento que voy á recibir, pues está fundada en tus infinitos merecimientos y la santa Madre Iglesia me lo enseña; bien sé que soy culpable; pero no puedo desesperar de obtener la gracia, porque

creo en la eficacia y el poder de la palabra del perdón que el sacerdote va á pronunciar sobre mí.

Acto de confianza.

Tú eres, ¡oh Dios de misericordia! el que me has inspirado un temor saludable del triste estado en que me hallaba: tú me has traído á la memoria los pecados de mi infancia: tú, quien me has dado un profundo arrepentimiento. Después de tantas mercedes, no puedo ya dudar que tu inefable bondad no me otorgue la más importante de todas: la de quedar justificado con la absolución que voy á recibir. ®

Ya voy pues, ¡oh mi Padre y mi Dios! voy á acercarme al ministro del sacramento que va á restituirme á tu amor y á

la santidad. Temblando voy, Señor, á causa de mi miseria; pero también voy lleno de confianza, apoyado en tu brazo paternal.

Acto de amor.

Dios mío, tu criaste para tí mi corazón, y en el día de mi bautismo tomaste posesión de él: más ¡ah! que yo te lo he quitado y lo he dado al demonio entregándome al pecado. Sí; con dolor lo confieso, he amado al pecado más que á mi Dios, pero tú Señor, me has trocado; á tí te doy para siempre mi corazón, oh Padre tierno y amoroso! Muy loco sería y muy ingrato si sin amor me acercara á los pies del sacerdote que en tu nombre va á perdonarme. Aquí te traigo pues, Jesús mío, mi corazón;

en tus manos quiero ponerlo, mira Señor cuán débil y enfermo se encuentra el corazón de este tu hijo: el demonio le ha hecho juguete suyo, el pecado lo ha desfigurado, y borrada en él tu imagen no está ya para conocerse! Mas ya quiero amarte, Jesús mío, que hartó he sufrido lejos de tí. ¡Oh y cuán pesado es el yugo que impone el demonio al hijo que no te ama; por eso quiero amarte de hoy en adelante; porque tú eres el descanso de mi alma, la dulzura de mi vida y la esperanza de la eternidad! Amén.

ORACIONES

DESPUÉS

DE LA CONFESION

Acto de admiración.

Bendito seas, Señor y Dios mío, que acabas de hacer bri-

la santidad. Temblando voy, Señor, á causa de mi miseria; pero también voy lleno de confianza, apoyado en tu brazo paternal.

Acto de amor.

Dios mío, tu criaste para tí mi corazón, y en el día de mi bautismo tomaste posesión de él: más ¡ah! que yo te lo he quitado y lo he dado al demonio entregándome al pecado. Sí; con dolor lo confieso, he amado al pecado más que á mi Dios, pero tú Señor, me has trocado; á tí te doy para siempre mi corazón, oh Padre tierno y amoroso! Muy loco sería y muy ingrato si sin amor me acercara á los pies del sacerdote que en tu nombre va á perdonarme. Aquí te traigo pues, Jesús mío, mi corazón;

en tus manos quiero ponerlo, mira Señor cuán débil y enfermo se encuentra el corazón de este tu hijo: el demonio le ha hecho juguete suyo, el pecado lo ha desfigurado, y borrada en él tu imagen no está ya para conocerse! Mas ya quiero amarte, Jesús mío, que hartó he sufrido lejos de tí. ¡Oh y cuán pesado es el yugo que impone el demonio al hijo que no te ama; por eso quiero amarte de hoy en adelante; porque tú eres el descanso de mi alma, la dulzura de mi vida y la esperanza de la eternidad! Amén.

ORACIONES

DESPUÉS

DE LA CONFESION

Acto de admiración.

Bendito seas, Señor y Dios mío, que acabas de hacer bri-

llar tu misericordia para conmigo, arrancando á mi alma de los lazos que el demonio me había tendido y en los que desgraciadamente había caído, y perdonándome todas las culpas de mi infancia. ¡Oh y cuán dulce alegría ha derramado en mi alma este grande beneficio! Yo no encuentro palabras para expresarla.

Y qué, ¿será posible que yo, pobre niño sin virtud y sin amor, haya levantado á ti la voz para pedirte gracia, y que tú, te hayas dignado escucharme? Si Dios mío, en tu indulgente compasión, acabas de salvar mi alma deteniéndola al borde del abismo, y no queriendo verme caer en él con tantos que á él descienden. ¡Oh y cuán bueno eres, Señor, para los que á ti van con un corazón recto!

Heme aquí, pues, Señor reconciliado contigo, hecho el objeto de tus favores y recobrado el lugar que en tu corazón había perdido, pues mis pecados me han sido perdonados. Ahora no temo el juicio: cerrado me está el infierno, y no soy ya esclavo del demonio.

¡Cielos! abrid vuestras puertas, que ya tengo derecho á vuestra gloria y á vuestros eternos deleites! Muerta estaba mi alma, y ha vuelto á la vida; la túnica del bautismo perdida, acabo de encontrarla; casi tan limpio estoy como después de mi bautismo.

¡Ah! quién muriese Dios mío, en este instante; pues que yo te amo y tú me amas, seguro estaré de verte; mas tú quieres que viva para mostrarte mi fidelidad y para bendecir en me-

dio de los hombres al Dios que con tanta clemencia trata á sus pobres hijos. ¡Gracias te sean dadas, Señor, por todos tus beneficios!

Acción de gracias.

No sé en verdad, Señor, cómo testificarte la gratitud que siento en el fondo de mi alma por el perdón que acabas de concederme. Yo sólo vivo por tus favores, y nada tengo que tú no me lo hayas dado: la vida, el bautismo, la educación cristiana que he recibido. Y ni mi vida será tan larga ni tan grandes mis fuerzas, como sería menester para mostrarte un digno reconocimiento. Bien reconozco, y siempre lo diré á gloria de tu santo nombre, que tú, Señor, no me has tratado según el número y la enormidad de mis

pecados, sino que antes, lleno de una ternura de padre para conmigo, has querido compadecerte de tu hijo librándolo de la vergonzosa servidumbre del pecado y de la cruel esclavitud del demonio.

En reconocimiento del perdón, que acabas de concederme, te ofrezco, Jesús mío, cuanto soy y cuanto puedo: el resto de mi infancia para que sea toda tuya, mi juventud, para que transcurra en la obediencia á tus santas leyes, y mi vida toda para que sea testimonio de mi agradecimiento. Tales son, Señor, mis votos, tales los deseos que hoy puedo ofrecerte: dignate aceptarlos y bendecirlos, ¡oh Dios de misericordia!

Actos de propósito.

Resuelto estoy, Señor, y á tí lo he prometido y á mi confesor y á mí mismo, resuelto estoy á guardar tus santas leyes y á vivir como cristiano; ya no quiero, Dios mío, separarme más de tí, porque ¿adónde iría fuera de tí, para hallar como en tí encuentro, la paz, la vida y la felicidad? Ya procuraré huir todas las ocasiones que me han sido tan funestas; no quiero frecuentar las personas que me han dado malos consejos y ejemplos, y antes sólo tendré por amigos á los niños que te aman; voy á trabajar seriamente en arrancar de mi corazón todas las inclinaciones viciosas, nutriéndolo con santos pensamientos, con piadosas reflexiones y con

prudentes designios. De hoy en adelante nada dejaré de hacer por adquirir las virtudes que convienen á la posición en que tu divina providencia me ha colocado; procuraré ser prudente, piadoso, dócil, aplicado á mis deberes, obediente como tú lo quieres: quiero derribar el olor del buen ejemplo donde quizás he escandalizado y hacer que te bendigan donde habré hecho que te ofendan.

A tu gracia debo, Dios mío, estos propósitos y resoluciones pues sin tí nada puedo, mas ayúdame á ponerlos por obra. ¡Oh Padre de misericordias que me has sacado del pecado, muy pronto volveré á caer en él si tú no me sostienes! Pídele y te suplico, que no sea unos cuantos días, los que haya vuel-

to á tí y á la virtud, sino que sea toda mi vida y para siempre. Antes morir, Señor, aquí á tus pies, que perder otra vez tu gracia con tu amor. Amén.

ORACIONES

PARA ANTES

DE LA COMUNION

Acto de fe

Yo creo, Señor, porque tú lo has dicho y la Iglesia lo propone, que debajo de la apariencia del pan está encerrada, escondida y como anonadada la divina Persona de tu Hijo, mi Salvador. Sí, lo creo sin duda alguna con entera sumisión de mi juicio y voluntad, creo que ahora en esta mañana aquí en la santa mesa voy á recibir

cuerpo, sangre, alma y divinidad de nuestro Señor Jesucristo. Aquel divino niño que en los brazos de María vieron y adoraron los pastores, viene ahora á descansar en mi pobre corazón; el niño obediente que estuvo sujeto á José y á María se somete hoy á mí; el Cordero de Dios inmolado en la cruz, el Rey de los ángeles, la gloria y el gozo de los bienaventurados va á venir á mí, pobre niño ignorante y ya culpable,

¿Será posible, Señor, que mi cuerpo miserable, va á ser ahora tu templo, mi corazón tu santuario y mi alma tu tabernáculo? Sí, sí, el cielo entero viene á mí junto contigo.

to á tí y á la virtud, sino que sea toda mi vida y para siempre. Antes morir, Señor, aquí á tus pies, que perder otra vez tu gracia con tu amor. Amén.

ORACIONES

PARA ANTES

DE LA COMUNION

Acto de fe

Yo creo, Señor, porque tú lo has dicho y la Iglesia lo propone, que debajo de la apariencia del pan está encerrada, escondida y como anonadada la divina Persona de tu Hijo, mi Salvador. Sí, lo creo sin duda alguna con entera sumisión de mi juicio y voluntad, creo que ahora en esta mañana aquí en la santa mesa voy á recibir

cuerpo, sangre, alma y divinidad de nuestro Señor Jesucristo. Aquel divino niño que en los brazos de María vieron y adoraron los pastores, viene ahora á descansar en mi pobre corazón; el niño obediente que estuvo sujeto á José y á María se somete hoy á mí; el Cordero de Dios inmolado en la cruz, el Rey de los ángeles, la gloria y el gozo de los bienaventurados va á venir á mí, pobre niño ignorante y ya culpable,

¿Será posible, Señor, que mi cuerpo miserable, va á ser ahora tu templo, mi corazón tu santuario y mi alma tu tabernáculo? Sí, sí, el cielo entero viene á mí junto contigo.

Acto de humildad

Oh adorable Jesús mío, yo he preparado mi corazón cuanto he podido con tu gracia; he llorado mis pecados y creo está limpia mi conciencia. ¡Bendita sea por siempre tu misericordia! pero siempre me hallo y me hallaré indigno del honor que hoy vas á hacerme de sentarme en tu mesa sagrada. Si me atrevo, pues, hoy día á acercarme á la sagrada comunión, no es que yo tenga confianza en mi poca preparación ni en mis buenos deseos, sino sólo apoyado en tu palabra, en el gracioso convite que me haces y en la hambre que tengo de este pan de vida. Fiado, pues, en tu voz que me llama y en la bondad de tu Corazón que me atrae, vengo á tí Jesús

mío, pues siento que lejos de tí, mi corazón se entorpece, se enflaquecen mis fuerzas y se extingue mi vida.

Acto de contrición

Los pecados de mi infancia ¡oh divino Jesús mío! han sido lavados en tu sangre, y esto me inspira confianza para acercarme al celestial convite; pero mientras más se acerca el feliz instante en que voy á recibirte, más me duelo de las faltas que me ha perdonado tu clemencia, y más me siento inclinado al pesar de haberte ofendido. ¡Oh inefable dulzura de mi Dios, que me trata como si siempre le hubiera sido fiel!

Y qué, ¿será posible que el Dios á quien tan poco he conocido, tan mal he servido y tan

á menudo he ofendido, hoy se digne venir á mí como dulce alimento que dará vida á mi alma? Sí, Señor, tú vas á entrar triunfante en mi corazón, de donde mis culpas te habían arrojado, recibe mi arrepentimiento, y mis lágrimas y mis humildes súplicas por un pasado que quisiera borrar con mi sangre.

Acto de confianza

Bien conozco Señor, mi indignidad y deploro mis faltas; pero, si grande es mi miseria también es infinita tu misericordia. Vengo, pues, de buena fe y con toda la buena voluntad de que soy capaz; en tí pongo toda mi confianza, y por todo lo que me falta, en tus manos me pongo, pues tú eres mi padre el más bueno y amo-

roso de todos los padres: y pues me llamas á pesar de todos mis defectos, señal es, Señor, que tú quieres suplir mi insuficiencia. Arrepentido de todos mis pecados tengo confianza en tu perdón y en que me darás valor para hacer por ellos penitencia.

Acto de amor

EL NIÑO

Dios mío, Dios mío, ¿qué he hecho yo para contigo para que el día de hoy te dignes llamarme á tu santa mesa? Mientras más considero mi vida, más indigna la encuentro de tal favor; que si me hirieses con algún azote de tu justa ira, bien lo comprendiera pues por mis pecados lo merezco; pero que me trates con tan alta distinción, no, no lo puedo comprender.

JESUCRISTO

Muy cierto es, hijo mío, que hartas veces has contristado mi corazón y bien haces en confesarlo: lejos de mí, pudiera haberte abandonado, pero mi amor no ha podido sufrirlo, porque te amo, y por esto te he perdonado tus pecados, te amo hijo mío, y por esto te he invitado á mi banquete. Tiempo ha que esperaba este día en que rodeado de mis ángeles pudiera tomar posesión de tu corazón. Nada pido más que tu amor ¿me lo concederás, hijo mío?

EL NIÑO

Jesús mío, Jesús mío, sólo mis lágrimas pueden darte la respuesta. . . . Sí: te amo, y menester sería ser un monstruo para no amarte.

¡Oh Jesús, Criador mío, que me has sacado de la nada para hacerme enteramente dichoso, yo te amo!

¡Oh Jesús, que has dado á mi corazón el atractivo por la virtud y la inclinación á lo bueno, yo te amo!

¡Oh Jesús, tan paciente en sufrir las tinieblas, la indiferencia y las culpas de mis primeros años, yo te amo!

¡Oh Jesús, que has tenido piedad de mí cuando yo no te amaba, y me has lavado con tu sangre y has perdonado mis culpas. ¿Cómo podría dejar de amarte?

¡Oh Jesús, mío, mi corazón te espera y ya te dispones á colmar mis deseos: yo te amo sobre todas las cosas y no quiero amar otra cosa que á tí.

Virgen de Guadalupe, Madre mía, comunícame en este instante una partecita de aquel ardiente amor que te abrasaba cuando Jesús bajó á tu casto seno. Enséñame tú á amarle y ayúdame ahora á recibirle dignamente. Amén.

DESPUES DE LA COMUNION

Acto de admiración

¡Oh Dios mío á quién deberé admirar más en este instante! á tí ó á mí? ¡A tí soberano del cielo, Rey de los reyes, Monarca del mundo tan empequeñecido á fuerza de amor que has cabido en mi pecho, ó á mí, pobre y culpable niño, tan engrandecido, que he podido encerrar al que es inmenso, dentro de mí.

Dichosos los ángeles que desde el principio te alaban y bendicen, pero soy yo más dichoso, que te tengo en mi corazón.

Dichoso Moisés en la montaña, cuarenta días contigo en medio de tu gloria, pero más dichoso yo, que te poseo en mi corazón.

Dichosos los que te vieron y trataron en tu vida mortal, dichosos los niños que recibieron tu bendición y oyeron tus lecciones; pero ahora soy más dichoso yo que te poseo en mi corazón.

Acto de adoración

No vengo hoy á buscarte, Jesús mío, en el sagrario ó en la custodia; en mí, y conmigo estás, y aquí vengo á adorarte y á

Virgen de Guadalupe, Madre mía, comunícame en este instante una partecita de aquel ardiente amor que te abrasaba cuando Jesús bajó á tu casto seno. Enséñame tú á amarle y ayúdame ahora á recibirle dignamente. Amén.

DESPUES DE LA COMUNION

Acto de admiración

¡Oh Dios mío á quién deberé admirar más en este instante! á tí ó á mí? ¡A tí soberano del cielo, Rey de los reyes, Monarca del mundo tan empequeñecido á fuerza de amor que has cabido en mi pecho, ó á mí, pobre y culpable niño, tan engrandecido, que he podido encerrar al que es inmenso, dentro de mí.

Dichosos los ángeles que desde el principio te alaban y bendicen, pero soy yo más dichoso, que te tengo en mi corazón.

Dichoso Moisés en la montaña, cuarenta días contigo en medio de tu gloria, pero más dichoso yo, que te poseo en mi corazón.

Dichosos los que te vieron y trataron en tu vida mortal, dichosos los niños que recibieron tu bendición y oyeron tus lecciones; pero ahora soy más dichoso yo que te poseo en mi corazón.

Acto de adoración

No vengo hoy á buscarte, Jesús mío, en el sagrario ó en la custodia; en mí, y conmigo estás, y aquí vengo á adorarte y á

tributarte mis humildes obsequios. Adoro, pues, Señor, tu sacratísimo cuerpo; adoro tu preciosa sangre que corre por mis venas; adoro tu alma santísima; adoro tu divinidad en cuyo seno vivo y que ahora está conmigo; adoro tus infinitas perfecciones, tu poder, tu sabiduría y, sobre todo, la inefable bondad y el amor incomprensible con que te has dado á mí á pesar de mis pecados.

Acto de agradecimiento

¡Oh! qué dicha es la mía en la comunión que acabo de recibir! ¿Cómo podré, Dios mío, mostrarte mi agradecimiento? Ni mis sentimientos ni mis palabras, aun cuando tuviese el ardor de los serafines y la voz de los ángeles, podrían igualar á tus favores. Tú me has arranca-

do del fango del pecado, hasme vuelto la belleza perdida, la santidad profanada y tus gracias retiradas, y hoy has venido á tomar posesión solemne de mi corazón. ¡Bendito seas, Dios mío, por tanto amor y misericordia!

No soy más que un pobre niño, que, ni sé apreciar como es debido, tus mercedes, ni sé hablar en presencia de tu adorable Majestad; mas quisiera decirte á pesar de esto cuán agradecido estoy á las gracias que me has hecho: quiero que mi vida entera te muestre mi gratitud; que todos mis pensamientos sean de amor y reconocimiento; que mis palabras sean como un cantar continuado de acción de gracias, y mis acciones una serie de obras que proclamen la obligación

que tengo y mis esfuerzos por no mostrarme ingrato.

Oh Virgen admirable, María, Madre de Jesús y Madre mía, enséñame y ayúdame Señora, á bendecir y glorificar y dar gracias á tu divino Hijo por todo lo que ha obrado por mí en este día dichoso.

Acto de ofrenda

¿Y qué puedo, Señor, ofrecerte en retorno de tu divina largueza? Nada tengo que tuyo ya no sea, nada que de tu mano no se me haya dado; mas como esta comunión me obliga grandemente para contigo, no puedo retirarme del pie de este altar, testigo de mi dicha, sin presentarte mi sincera ofrenda.

Me ofrezco, pues, todo á tí, Señor, y pues cuanto eres me has dado en la comunión, tam-

bién te doy aquí cuanto yo soy, mi cuerpo y sus sentidos, mi alma y sus potencias, mi voluntad y su albedrío. Pobrísimma es mi ofrenda, Jesús mío, pero no me la deseches, te lo ruego, mas algo vale á tus ojos este cuerpo que en este instante habitas; te lo doy y consagro; que todos sus trabajos, sus penas y fatigas sean por tu gloria; que sometido al espíritu se guarde en todo honor, y en el día final pueda resucitar para la gloria.

Mi alma también es preciosa á tus ojos, oh Dios mío! pues la criaste inmortal y capaz de conocerte y de amarte. En tus manos la pongo y te la ofrezco, para que bendigas sus facultades y potencias para que mi espíritu vaya recto hacia tí, y tenga su delicia en el estudio

de tu santa ley, no dejándose extraviar por los errores del siglo.

Y pues al crearme libre me has hecho un don tan noble para poder llegar á tí con honra y mérito, también te ofrezco la libertad que me has dado, y no permitas que abuse nunca de ella.

Te doy, en fin, Señor, mi vida entera, y si llegare el instante en que quiera ser de mí mismo y gozar de la vida dejando de pertenecerte, recuérdame entonces, Jesús mío, que en esta comunión te he dado y ofrecido mi cuerpo y mi alma, mi libertad y mi vida, y que tú te has dignado aceptarlas para tí.

Acto de petición

Conmigo está ahora, oh dulce Salvador mío, pues el amor que me tienes y el deseo de favorecerme te han llevado á este exceso de condescendencia. Permíteme, pues, que te dirija mis humildes súplicas, porque tengo confianza en que nada me has de rehusar en este día. Mira, Señor, en el fondo de mi corazón cuán malas inclinaciones encuentro y cuánta falta de virtudes; extremas son mis necesidades y mi miseria mayor de lo que puedo pensar, y sólo tú conoces mi pobreza. Dígnate, Jesús mío, por tu misericordia, poner en mi alma todo lo que pueda alejarme del mal, todo cuanto pueda fortalecerme en el bien y cuanto pueda hacer crecer en mí tu

temor santo; concédeme las luces y la fortaleza que necesito para resistir á las tentaciones del demonio, á las inclinaciones de la carne y á las seducciones del mundo; concéde á este tu hijo la paciencia en los males de la vida y la humildad en las prosperidades.

Concédeme que haga uso de mis fuerzas, de mis talentos y de mi salud de un modo útil á tu gloria, provechoso á mi alma y beneficio á mis hermanos. Dígnate aceptar la ofrenda de mi infancia, dirige mi juventud en las vías de la piedad y la prudencia, esparce en mi vida entera las virtudes que la hagan honorable y cristiana, y concédeme una muerte preciosa en tu presencia para poder ir á verte, amarte y glorificarte por toda la eternidad.

Desde lo alto del cielo echa una mirada sobre tu Iglesia, haz que gane y convierta á sus enemigos; que derrame por toda la tierra la gloria de tu santo nombre, que salve las almas rescatadas al precio de tu sangre y que sea siempre gobernada por santos pastores.

Preserva la sociedad de las desgracia que la irreligión y el pecado le acarrean, disipa sus enemigos, aleja de ella los azotes y haz que le rijan gobernantes sanos y religiosos.

No te olvides, Jesús mío, de mis padres, de mis hermanos y de mi familia; prodígales tu rocío celestial y las bendiciones que los hagan felices; haz que te sirvan con fidelidad aquí en la tierra para que en el cielo te gocen eternamente.

Haz que mis amigos, mis

bienhechores y todos aquellos por quienes debo pedir, permanezcan firmes en la verdadera fe y fieles en la práctica de tu santa religión.

En fin, Señor, dignate bajar tus miradas al purgatorio y en este día en que soy todo tuyo no te desdén de escuchar mi débil voz: gracias, Dios mío, gracia te pido para las santas almas que tu justicia retiene alejadas de tí; alivia, oh dulce Redentor, sus amargas penas, acorta el tiempo de sus sufrimientos y ábreles las puertas de tu feliz mansión,

Y á mí, Señor, préstame el apoyo de tu poderoso brazo para poder caminar por los senderos de la religión hasta llegar al monte santo en que te veré algún día, no envuelto ya bajo las especies del sacramen-

to que acabo de recibir, sino cara á cara y tal cual eres, en medio de los esplendores de tu gloria. Así sea.

CANTICO

DE

AMOR A JESUS ⁽¹⁾

Díme tu querido niño,
¿amas tú de veras á Jesucristo?
¿Lo amas más que á todas las cosas? ¿Lo amas tanto como lo desea su Madre Inmaculada, tanto cuanto lo piden los ángeles con sus suspiros? ¿Lo amas tanto como yo que te hablo, lo deseo?

¡Oh Dios mío! ¿Será bien cierto que tú le amas? ¿Que le

(1) Monseñor Segur, (traduc.)

bienhechores y todos aquellos por quienes debo pedir, permanezcan firmes en la verdadera fe y fieles en la práctica de tu santa religión.

En fin, Señor, dignate bajar tus miradas al purgatorio y en este día en que soy todo tuyo no te desdén de escuchar mi débil voz: gracias, Dios mío, gracia te pido para las santas almas que tu justicia retiene alejadas de tí; alivia, oh dulce Redentor, sus amargas penas, acorta el tiempo de sus sufrimientos y ábreles las puertas de tu feliz mansión,

Y á mí, Señor, préstame el apoyo de tu poderoso brazo para poder caminar por los senderos de la religión hasta llegar al monte santo en que te veré algún día, no envuelto ya bajo las especies del sacramen-

to que acabo de recibir, sino cara á cara y tal cual eres, en medio de los esplendores de tu gloria. Así sea.

CANTICO

DE

AMOR A JESUS ⁽¹⁾

Díme tu querido niño,
¿amas tú de veras á Jesucristo?
¿Lo amas más que á todas las cosas? ¿Lo amas tanto como lo desea su Madre Inmaculada, tanto cuanto lo piden los ángeles con sus suspiros? ¿Lo amas tanto como yo que te hablo, lo deseo?

¡Oh Dios mío! ¿Será bien cierto que tú le amas? ¿Que le

(1) Monseñor Segur, (traduc.)

amas tanto como debe ser amado? ¿Que le amas á El, mi único suspiro, nuestro todo, nuestro amor, JESUCRISTO?

¡Oh cuán hermosa palabra!, Oyeme, óyeme... Escúchame atento y sobre todo purifica tu corazón. En seguida, escucha; voy á nombrarle con todo el amor que está derritiendo el alma.

JESUCRISTO!... JESUCRISTO!... JESUCRISTO!...

¡Qué! ¿No oyes cómo los ángeles que llenan el mundo y se ocultan tras los elementos, repiten en coro con un eco de amor que en las profundidades eternas resuena?

JESUCRISTO!... JESUCRISTO!...

¡Ay!.. ya no quiero enseñar otra cosa á mis hermanos sino á Jesucristo: quiero enseñarles

á pronunciar su nombre como los pronuncian los ángeles, á pronunciarlo con el inmenso transporte y con toda la dulzura de amor que le acompañan en el paraíso. ¡Oh qué palabra!... Escucha...

JESUCRISTO!... JESUCRISTO!..

Eternamente viva nuestro amor y quien nos le ha dado, su divina Madre!... Viva, viva JESUCRISTO!...

Hijo mío, mi querido niño, ¿amas tú á JESUCRISTO?...

—Sí que le amo!.. le amo!.. le amo!

¡Oh qué felicidad! qué dicha! qué alegría! encontrado hé un corazón que escucha y repite el grito íntimo de mi alma:

¡Viva, viva JESUCRISTO!

Canta, canta, canta alma

bendita, y todo en tí conságrese á decir:

¡Viva, viva JESUCRISTO!

Que cada pulsación, cada suspiro, cada latir de tu corazón, que cada acto y cada paso sean una vibración permanente de esta única palabra. Y tú, cuerpo y tú alma, míos sed como una arpa bien afinada, que día y noche, pulsada por los dedos del Espíritu Santo, armoniosa resuene y repita este único cantar que los ángeles del cielo acompañan en coro:

¡Viva, viva JESUCRISTO!

Y harán eco por toda la eternidad, la vida, la luz y todas las criaturas del cielo y de la tierra, al himno de nuestro corazón, repitiendo eternamente esta palabra salida de nuestras almas:

¡Viva, viva JESUCRISTO!

Hijo mío, abrasados están ya nuestros corazones en un fuego que nunca se apagará; semejantes á los incensarios de oro, que llenos del incienso del amor, incensarán eternamente al objeto de nuestro amor; su perfume penetrará á innumerables corazones á quienes oiremos también lanzar nuestro grito de amor: con nuestro cantar, eternamente resonarán los cielos y la tierra, y conmi-gorepitiendo estarán sin cesar:

¡Viva, viva JESUCRISTO!

Y hasta el infierno temblará por el grito que eternamente quiero se escuche; y tal pujanza tendrá el grito de nuestros corazones, que si nó por amor, más por la fuerza, el mismo infierno repetirá tras de nosotros:

¡Viva, viva JESUCRISTO!
 Sí, que viva, que viva JESUCRISTO! . . . Viva mi Dios, mi Amor, viva mi bien, mi Dueño y mi Todo, que es JESUCRISTO! Que viva mi único pensar de todos mis pensamientos, la vida de mi vida, la luz de mis ojos, el único suspirar de todos mis suspiros, el alma de mi alma, el corazón de mi corazón, mi Dios y mi Todo;

¡JESUCRISTO!

¡Viva, viva JESUCRISTO!

El Dios-Amor, el Dios-Esposo, el Dios-Sirviente, El Dios-Cordero, El Dios-Víctima, El Dios-Manjar! ¡Viva mi tesoro!

¡JESUCRISTO!

¡Oh mi Dios! ya no eres tuyo sino mío; huye de mí si puedes y déjame si quieres apartarte de esta nada que has

hecho tuya sin reserva! ¿Pues qué, no ha hecho tu amor que tú seas todo mío?

¡JESUCRISTO!

Sí, sí, sí; mío eres tú y por toda la eternidad! . . .

Ya en esperanza todo está consumado; ya somos uno en la unión sacra del Espíritu Santo. Absorbido has tú mi veneno y mi muerte, y yo en cambio recibido hé tu vida y tu divina santidad. Yo por las transformaciones de tu gracia ya no soy mío, mas he pensado en tí. Tú por los anonadamientos de tu amor, ya no eres tuyo, más has pasado en mí!

¡Oh! ¡viva el amor! ¡viva mi Dios! ¡viva mi Dios que en nada cambia, mi Dios que es todo sin reserva para mí! . . .

¡Viva JESUCRISTO á quien adoro y amo!...

¡Sí que le amo.. le amo! repiten cada una de las fibras de mi sér. Le amo, le amo, y querría que el cielo y la tierra y el infierno lo supiesen, para que los ángeles, los hombres y los demonios, oyendo el grito de mi alma, nunca me pidan más que repetir:

¡Jesús, te amo!.. te amo, Jesús!... Jesús, te amo!..

¡Oh Dios mío, oh amor mío! los pecadores te rechazan y el mundo ya no te quiere. Ven á refugiarte en este corazón que te pertenece; ven á descansar en este asilo que tuyo es. Respira aquí, dulce Jesús, respira aquí tranquilo. Esta alma está tuya; mi corazón, mi sangre y mi carne, tú sólo la poseerás

para siempre, y ni uno solo de tus enemigos podrá tocarte aquí.

Y yo seré feliz con infinita dicha, si los golpes contra tí lanzados descargan en mi pecho, con tal de no oír más los gemidos de mi Salvador y de mi Amor, de mi Cordero inmaculado en el Calvario, de mi Rey, de mi Esposo y de mi Bien, que de amor se ha hecho esclavo, de mi Dios y mi todo.

¡JESUCRISTO!

Oh mi Jesús, óyeme una palabra todavía; nada puedes negarme por ser mío y lo tuyo todo haberme dado. Mira, Señor; lo que de tí ahora quiero, es un don vivo de precio inestimable, dame unos corazones, corazones quiero para tí!

Sí mi Jesús; dame ahora co-

razones. Escógelos entre los mejores, los más generosos, los más amantes; los más puros, los más humildes; y dame tantos cuantos me puedas dar. Yo quiero muchos, muchos, y á tu Madre dulcísima le pido que me los purifique con su Corazón inmaculado.

¡Oh Jesús, Jesús mío! cuánta será mi dicha, cuando los haya atraído cerca de mi corazón! ¡oh y con qué amor los he de amar!

Atraerélos á tí, á tí sólo mi dueño, con divina violencia; y luego, como el sello en la cera la marca les pondré de tu santo Corazón; y sintiendo ellos tu fuego, el fuego del Espíritu Santo, el fuego de tu amor en mi encendido, harán salir el mismo grito, aprenderán el cantar mismo de amor y en el tiem-

Antonio de P. Coria

po y en la eternidad repetirán conmigo:

¡Te amo! .te amo!..te amo, Señor!

Viva mi amor, mi Dios y mi todo, que es

¡¡JESUCRISTO!!

Antonio de P. Coria

FIN

razones. Escógelos entre los mejores, los más generosos, los más amantes; los más puros, los más humildes; y dame tantos cuantos me puedas dar. Yo quiero muchos, muchos, y á tu Madre dulcísima le pido que me los purifique con su Corazón inmaculado.

¡Oh Jesús, Jesús mío! cuánta será mi dicha, cuando los haya atraído cerca de mi corazón! ¡oh y con qué amor los he de amar!

Atraerélos á tí, á tí sólo mi dueño, con divina violencia; y luego, como el sello en la cera la marca les pondré de tu santo Corazón; y sintiendo ellos tu fuego, el fuego del Espíritu Santo, el fuego de tu amor en mi encendido, harán salir el mismo grito, aprenderán el cantar mismo de amor y en el tiem-

Antonio de P. Coria

po y en la eternidad repetirán conmigo:

¡Te amo! .te amo!..te amo, Señor!

Viva mi amor, mi Dios y mi todo, que es

¡¡JESUCRISTO!!

Antonio de P. Coria

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

INDICE

	<u>Págs.</u>
Acción de gracias por la mañana al levantarse.	5
Oración al Castísimo Patriarca Sr. San José.	13
Oración para pedir á Dios por la buena educación de la juventud.	15
Oración á San Luis Gonzaga. .	17
Oración á San Estanislao de Kostka.	18
Oración á San Juan Berchmans	19
Oraciones para asistir al Santo sacrificio de la Misa.	22
Consejos á los niños.	50
Acto de Consagración de los niños, al Sagrado Corazón de Jesús.	55
Los niños al S. Corazón de Je-	

- sús, el día de la primera comunión 59
- I. La Aparición Guadalupeana referida á los niños:
- I. El Tepeyac.—El Indio Juan Diego.—La música maravillosa.—El coloquio de la Virgen.—El recado del enviado 62
- II. La vuelta de Juan Diego.—El Huey-Teopixqui.—Humildad del indio.—Respuesta de la Virgen y nuevo recado.—Recomendación de la obediencia 70
- III. El día Domingo.—Nuevo recado.—Preguntas repetidas.—Marcha del indio.—Siguenle por orden del Obispo.—Desaparece, y es tenido por embustero é impostor.—Los juicios humanos.—El padecer en el servicio de Dios 75
- IV. Juan Diego continúa su camino.—Halla otra vez á la

- Virgen María.—Enferma su tío gravemente.—Pasa el lunes en buscarle médico.—Sale el martes á procurar los sacramentos.—Bondad de la Madre de Dios 82
- V. Juan Diego es bien recibido.—Se le manda cortar rosas.—Hállalas en el cerro árido y en el crudo invierno.—Míralas y tómalas con su mano la Virgen María.—Mándale llevarlas por señal.—Las flores en el mes de María.—Las flores místicas del Santo Rosario 89
- VI. Lleva Juan Diego las flores.—Llega á casa del Obispo.—Registran las criadas y se admiran.—Habla al Obispo.—Deja caer las flores y aparece la Imagen.—El demonio persigue á las imágenes, los católicos las aman y las veneran 96
- VII. Juan Diego en casa del

Obispo.—Visita á Juan Bernardino.—El título de Guadalupe.—El Prelado examina á los dos indios.—Colocación ó traslación de la Imagen.—La basílica.—La coronación.—Los niños mexicanos sean muy devotos de la Virgen de Guadalupe.	104
Novena (abreviada) á Nuestra Señora de Guadalupe.....	111
Visita á la Virgen María de Guadalupe, en su templo ó delante de su Imagen, para rogar por la nación mexicana.....	147
Oración á la Virgen María...	150
Oraciones para antes y después de la confesión	158
Oraciones después de la confesión	163
Oraciones para antes de la Comunión.....	170
Después de la Comunión...	178
Cántico de amor á Jesús.....	189

